PERICO EN LAS RAMBLAS

CASI-CRÓNICA DE LA BARCELONA TENEBROSA DE 1900…

Fernando Pintado

MANCHA DE CARBÓN

Haciendo inmerecido honor a unas condiciones de dibujante que no me adornan, se me interesa la silueta de Fernando Pintado para un libro de este amigo, en tren de publicación.

Saquemos punta al lápiz. Afilemos la intención miureña. Y si el retrato sale con barbas de bandido, será un Santo Antón; si con gaitita ratona, Nuestra Señora del Colchón.

Los fisiognómonos modernos dividen la «faciecia» del Adán de nuestro padre en tres planos imaginarios: el frontal, el nasal y el bucal. Predomina -dicen- el desarrollo del primero en los tipos que más diferenciadamente se acusan como cerebrales; el segundo, en los emocionales, y el tercero, en los instintos. Consideran otros cachuchones, con bimba como la chimenea de La Catalana del Gas, que la trastapia de la frente es la sede de la inteligencia; los dominios de la husma, como el prado o la cuadra de los apetitos; y la quijada y el mentón, como las rocas, en que se afirma y estriba la voluntad.

Supongo que, al llegar aquí, no maliciará el lector que lo hemos atracado a la falangista, es decir, al descuido, y lo hemos metido de rondón en una logia del mentalismo o en un gabinete de psiquiatría. Aunque con un pie en la casa de salud, y con otro en la más común de las fosas, la verdad es que en la única hilada de sillería de nuestra arquitectura en que el sol se ha apagado son las bardas, o sea la cabeza.

De donde daremos por esculpido que si la cara en el hombre es el espejo del alma, estamos fregados; porque no conozco cortinaje de cocina como el que empaña esa doble claridad. La frente, en la mayoría de los nacidos con derecho a zapatos, no es más que la tapadera de la calabaza pensante o piensante de un Pascal aún en embrión. La afición al pasto, que caracteriza a la población en general, está servida con esplendidez, en concepto de brújula, por un aparato olfativo de las gramíneas y el ázoe, que es algo serio; y dispone para sus *luncheons* de una máquina trituratiz en sus mandíbulas, con que no puede contar la ferocia más carnicera.

No nos clarifica, en suma, la ciencia otra cosa que el vino, aguándonoslo. Y a lo que hemos de proceder es a: primero, sacar de la sombra el perfil de la fisonomía moral del celebérrimo implume platónico, y segundo, buscar las líneas de la insobornable individualidad humana en el canon de la conducta. Hacer otra cosa, es flotar a merced de los fuertes vientos que soplan en derredor de las altas torres, como decía Kant…

Un sujeto digno de inciensos y del más delicado culto fuera, a juicio nuestro, aquel en que un sueño casi místico de justicia -de verdad y venustad, por tanto- que al entendimiento se le representara con un trazado más de geometrías griegos que de ataujías árabes, se persiguiera con un ardimiento y una acometividad de león.

---

[*] *Páginas Libres,* Tolouse, Francia. *Casi crónica, escrita en Toulouse en junio de 1948*. Digitalización: KCL.

Si se estacionan a recapacitar un segundo, verán en la fórmula que les estoy masticando no el rasgo maestro de la efigie del antiguo y valiente capitán de *condotta* de «Los Miserables», sino la imagen más acabada del mismo que se haya proyectado nunca en el lienzo y que haya devuelto una patena.

Fernando Pintado es un artista de la pluma, llegado a nuestras palestras por la vía del Ramo de Construcción, como los genios máximos del Renacimiento: Leonardo, Miguel Angel. Mi padre era también caballero de andamio y profesor de primísimas obras; un catedrático de la Facultad del yeso, la viga y la cal.

¿Qué es un operario de esa disciplina? Pues lo que andaba cantando. Y un poco más aún. A saber: un poeta de las masas firmes y del ladrillo, precursor de Gutenberg y heraldo de la civilización de las huertas y las rosas; un delirante, enfermo de la locura de los Quijotes de Babel, a quienes agitaba con cuáquera inquietud la ilusión de hacerle en la tierra al espíritu una escalera para empinarse al cielo y echar del Olimpo a tanto pirandón bandarra.

No otro es el sentido del gótico. Y el de los alminares muslímicos. Y, especialmente, el de nuestro sublime barroco, conspicuo desvarío de la fantasía, sagrada embriaguez de la voluntad en la atrevida empresa de hacer del hombre el único Dios, entero y verdadero.

Destruir, construir y crear, en orden al problema de mayor punción de la especie -el de su asuncionidad económica-, debe dejarse bien fundamentado que fue siempre la enseña de obrero y guerrero de la edificación de Fernando Pintado.

Y si en él, como en mí mismo, la furia demoledora parece arrollar a su trabajo planificador, eso no es más que un espejismo.

No hay tan fino amor como el que cupulan y encapsulan ciertos aparentes odios terribles. Ni ansia de inmortalidad cual la que envalva y envulva esa pequeña muerte que es el pasmo erótico.

Para cimentar, cimbrar, solar, murar y cubillar el sagrario que abrigará entre holandas la hostia en demanda de reconsagración de nuestras libertades, hay que desmontar previamente uno por uno, con la ira de todas las fieras del Parque avernal desencadenadas, los baluartes y bastiones del privilegio.

Y en esta brega ingente, Fernando Pintado, pluma en ristre, es uno de los más afanados y heroicos peones.

Ángel Samblancat
México City.

CAPÍTULO I

EL GOBERNADOR SE DIVIERTE

De noche. Invierno. Amanecía el siglo XX. El gobernador de Barcelona, como de costumbre, se encontraba en un palco del «Eden Concert», rodeado de amigos políticos y de *artistas* más o

menos famosas, pero todas jóvenes y bonitas. Al señor gobernador le gustaba mucho la carne de mujer y el perfumado vino de Andalucía.

Las mesas de juego, al fondo de la magnífica platea del famoso *cabaret*, separadas tan sólo por una cortina de terciopelo rojo, funcionaban con verdadero frenesí.

Constantemente se oía gritar a los *croupiers*:

– ¡Hagan juego, señores!

– ¡No va más!

Y los centenares de buscavidas, amantes de la fortuna fácil, que se agrupaban y agitaban «bizarramente» en derredor de las mesas tapizadas de rico paño verde, iban haciendo mutis, poco a poco, la mayoría sin un billete en la cartera.

Y el señor gobernador -gran cruz de Isabel la Católica-, con una buena moza sentada en cada uno de sus muslos de cerdo, gritaba como un organillero:

– ¡Que traigan más mujeres y más botellas del *Tío Pepel*.

Y sus amigos políticos -jóvenes, *patriotas* sin otra profesión que la de ser *patriotas* y amigos del gobernador-, exclamaban con fervor religioso:

– ¡Su Excelencia es un hombre exquisito!

Las artistas, que rendían obligado sometimiento al señor gobernador y a sus amigotes, sólo pedían a Dios que las liberara de aquella pandilla de señoritos groseros y aprovechados… Y es que ellas no podían abandonar el palco de S. E. sin exponerse a perder lo que en más alta estima tenían: un pequeño lugar en la cartelera del gran concierto, donde brillaban sus nombres en letras de oro.

El «Nano», hombre de pelo en pecho, que a fuerza de ganar batallas en los arrabales de la ley había conseguido fundar y ser director del más popular *cabaret* de España, entró en el palco de S. E. haciendo toda clase de grotescas reverencias.

Humildemente balbuceó:

– ¿Manda algo el señor gobernador?

A lo que contestó S. E. con la mayor naturalidad.

– ¡Hombre, sí: tengo una idea! Póngame 500 pesetas, de pleno, al número 7: casi tengo la seguridad de que esta noche también acertaré.

– A sus órdenes, señor gobernador -contestó el «Nano» dulcemente-; ya sabe S. E. que mi mayor deseo es complacerle.

El «Nano» salió del palco echando fuego. El ya conocía las ideícas de su amigo y protector… Abrió un balcón para que el aire le refrescara un poco y después se dirigió a la caja y retiró 18.000 pesetas, que sin pérdida de tiempo entregó al *gran señor* de Barcelona, exclamando con fingida alegría:

– ¡El señor gobernador acertó otra vez!... Sería S. E. un *punto* muy peligroso si frecuentara la ruleta… ¿Manda S. E. algo más?

Y el poncio, excitado por el vino y por su afición desmedida a los placeres de la carne, ordenó:

– Envíeme usted a la «Estrella». Quiero que Antonia Montes, cuando termine el espectáculo, cante y baile para mí y para mis amigos.

Y sus satélites, jóvenes de aquella juventud extraviada que se nutre -como decía Cadalso- de *señoritos aficionados a toros, chulapos, amigos de tahúres, señoritos que se solazan en zambras y jolgorios con cantadoras, danzadoras y gitanas*, volvieron a gritar entusiasmados:

– ¡S. E. es un hombre exquisito!

Y el gobernador, dirigiéndose a una de las niñas que le rodeaban, ordenó, como quien ordena una carga de caballería:

– ¡Raquel: dile al *garçon* que sirva más vino y unas tapitas de jamón serrano!

La juerga, estúpida y repugnante, continuó en el palco de S. E. hasta que finalizó el espectáculo, en escena, con el número de Antonia Montes, quien, como broche de oro -que diría un cronista de sociedad-, cerró el programa de aquella noche bailando unas sevillanas con la majestad y brío de su alma gitana.

Desalojada la platea, la gran sala del Eden Concert quedó en la penumbra, iluminada tan sólo por algunos farolillos de hierro forjado, en cuyo interior brillaban pequeñas lámparas verdes y rojas.

El gobernador, con todo su séquito, pasó a un salón reservado, dejándose caer pesadamente, como bestia cansada, entre los brazos forrados de terciopelo carmesí de uno de los confortables sillones que vestían la pieza.

El *virrey* cerró los ojos, quedando medio dormido en el sillón, sin dejar de chupar la punta de un grueso cigarro habano que pendía de sus labios grasientos como una piltrafa. Mientras tanto, su brillante pandilla continuaba devorando las botellas del más delicioso de los vinos andaluces y las suculentas tapitas de jamón serrano y de chorizo riojano que, como amapolas, cubrían las magníficas bandejas de plata repujada.

Los señoritos, entre copa y copa, besuqueaban y sobaban canallamente a las pobres mujeres que el «Nano» sometía al capricho brutal de aquella chusma de *patriotas alfonsinos*. Y ellas, disimuladamente, escupían los besos recibidos, a tan bajo precio, sobre la alfombra roja que bañaba todo el *parquet* del reservado como una ola de sangre.

Antonia Montes apareció en el umbral de la puerta de la sala reservada al señor gobernador, llenando todo el marco con su gracia cañí y las ondas de su vestido de fino percal cuajado de volantes y de flores estampadas.

– ¿Dónde está Pilatos? -gritó la Montes con ganas de porfía-. ¿Ya duerme el barrigón? ¡Qué niño!

El gobernador despertó; bostezó, estiró las piernas y los brazos, abrió sus ojos sanguinolentos y, muy ceremonioso, ofreció una copa de vino de oro a la «Estrella» de las estrellas del firmamento gitano.

– ¡Agradecida, pero esta noche no bebo, alma mía! -afirmó la Montes.

– ¿Por qué? -indagó el gobernador.

– Porque esta noche va mi *menda* al cielo y quiero estar muy despierta para no perder detalle de toda su grandeza.

– ¿Te ha invitado San Pedro?

– No, señor; el que me ha invitado tiene mucha más categoría… ¡Me ha invitado el rey de reyes! ¡¡Rafael!!

– ¿Y quién es ese elemento? -preguntó con sorna el poncio.

Y la Montes replicó:

– Ese elemento, *reverendo padre*, es el más grande de los toreros que han pisado las arenas… ¿Tú no has visto torear a Rafael?

– Yo no soy aficionado a los cuernos, mujer.

– ¿No eres aficionado a los cuernos? Entonces, lucerito de la mañana, ¿se puede saber en méritos de qué te nombraron gobernador?

– ¡Antonia! Yo quería decir…

– ¡Cállate, capricho de los dioses: ni una palabra más!...

– Sea como tú quieras, mujer; pero supongo que antes de hacer mutis nos regalarás con una de tus divinas danzas.

– Ya te he dicho que de eso, ni hablar. Esta noche soy toda de ¡¡Rafael!!

Y dando media vuelta, después de acariciar las narices del gobernador con el amplio vuelo de su vestido Antonia Montes desapareció por los pasillos dejando en el reservado una estela de perfume y de gracia, de señorío de tribu y de auténtica autoridad gitana.

El poncio, contrariado por el desplante de la «Estrella», dio por terminada la juerga, reclamando la presencia del camarero, que llegó al momento.

– ¿Qué se debe?

– Nada, señor gobernador. La cuenta está pagada.

Y el poncio, con la mayor desvergüenza, respondió:

– Pues dile al «Nano» que te dé la propina.

En aquel momento, lívido, desencajado, sin acertar a pronunciar palabra, se precipitó en el reservado el comisario de Policía de Atarazanas.

De muy mal talante. Inquirió el gobernador:

– ¿Alguna novedad?

– Sí, Excelencia. Hace media hora hizo explosión una bomba en la calle de Carmen.

– ¿Hay víctimas?

– ¡Cuatro muertos!

– ¿Detenidos?

– Por ahora, no; sólo las víctimas han podido ser identificadas.

– ¿Alguna persona de relieve?

– Ninguna, señor gobernador. Los cuatro individuos muertos formaban parte de una brigada de obreros que se encontraban haciendo una reparación en el pavimento.

– Menos mal…

Y cuando el «excelentísimo» abandonaba el Eden Concert, rodeado de su pandilla y del comisario de Policía, al pasar rozando las suntuosas cortinas de terciopelo que separaban discretamente la platea de las salas de juego, sólo se oía, en todo el ámbito de la catedral del hampa barcelonesa la voz cansada de los *croupiers*, que repetían maquinalmente:

– ¡Hagan juego, señores!

– ¡No va más!

CAPÍTULO II

EL HAMPA BARCELONESA

En el reloj de Santa María del Mar acababan de sonar seis campanadas. La tarde invernal daba paso a la noche. Un recio viento de Levante azotaba los viejos edificios de la Plaza de Palacio. Los trabajadores del puerto, cobijados bajo las arcadas que servían de antesala al popular «Café de las Siete Puertas», esperaban con ansiedad, formando compactos grupos, que algún jefe de *colla* les contratara para trabajar al día siguiente.

Los tranvías, tirados por bravas mulillas, de pura sangre, pasaban con velocidad insospechada camino del Arco del Triunfo o de la Barceloneta.

Grupos de guardias de Seguridad, fusil al hombro, patrullaban por las cercanías del viejo caserón del Paseo de Isabel II, donde estaba instalada la Jefatura de Policía.

Numerosos ómnibus de los hoteles principales y coches de punto, con sus caballejos apergaminados, formaban lentamente a la puerta de la estación de Francia.

Sólo el palacio del Gobierno civil, pegado casi a la estación, permanecía sin dar fe de vida. El palacio de los vivos parecía la casa de los muertos.

A la llegada del exprés de la villa y corte de las Españas… un grupo de caballeros salía de la estación de Francia, discutiendo acaloradamente. Uno de ellos, vieja estampa del policía 1800, que a guisa de bastón enarbolaba un grueso palo retorcido como un sarmiento, repetía con visible malhumor:

– ¡Caballero! Le he dicho a usted repetidas veces que este asunto corresponde a la Policía y no al gobernador.

Y el caballero le replicó tajante.

– Y yo le repito a usted que no tengo por costumbre confiar mis asuntos a la Policía. Conozco muy bien a la de mi país, ¿comprende usted?...

El policía calló, y se alejó del grupo sonriendo sarcásticamente.

Un oficial de Carabineros preguntó a un guardia:

– ¿Qué ha sucedido?

Y el guardia contestó:

– Poca cosa… A la llegada del exprés de Madrid le han robado la cartera al señor embajador de la República Argentina. Eso es todo.

Y el guardia, tras del grupo que seguía al embajador desapareció por la escalera del Gobierno civil, que tantos gobernadores arbitrarios y crápulas había tenido que sufrir en su ya larga carrera, entró en el despacho oficial para comunicar al gobernador que el embajador de la Argentina solicitaba audiencia.

– ¿Qué desea a estas horas?

– Se trata de un asunto importante. Parece ser -informó don José- que, al llegar de Madrid, en la estación de Francia le han robado la cartera con documentos diplomáticos y dinero.

– Dígale usted que pase.

Inmediatamente el embajador pasó al despacho oficial acompañado de sus secretarios.

El embajador explicó, en pocas palabras, el porqué de su visita, y el gobernador le contestó:

– Tenga usted la seguridad, señor embajador, de que he de procurar por todos los medios que la cartera y documentos que le han substraído a su poder lo más pronto posible.

– ¿Confía S. E. en las gestiones de la Policía? -preguntó secamente el diplomático.

Y el gobernador contestó:

– Yo, no; pero tengo otros recursos.

En aquel momento, el jefe de Policía, que había llegado a tiempo de escuchar las últimas palabras cruzadas entre el embajador y el gobernador, entró en el despacho, y echando sobre la mesa de S. E. la cartera con los documentos y dinero que hacía escasamente media hora habían birlado al representante de la Argentina, gritó:

– Ahí está cuanto reclama este caballero; pero advierto a S. E. que de no modificar su opinión oficial sobre la Policía barcelonesa me veré obligado a presentar mi dimisión, previo informe al señor ministro de la Gobernación de cuanto ocurre en Barcelona.

Y sin esperar la réplica del gobernador, el jefe de Policía salió del despacho oficial pisando fuerte, como pisa un hombre que nada ha de temer de su adversario…

El embajador quedó atónito ante la escena que había presenciado, y sin dar lugar a explicaciones, que nada podían explicar, recogió su cartera y se despidió del gobernador con una ligera inclinación de cabeza y un leve movimiento de hombros, como quien se despide de un condenado a muerte.

Don José acompañó al embajador hasta el pie de la escalera. Y el argentino, al despedirse del secretario del Gobierno civil, le dijo por lo bajo:

– Supongo, mi amigo, que el señor gobernador no tardará en soltarse un pistoletazo.

Y don José, sonriendo dulcemente y elevando sus ojos al cielo, musitó esta oración:

– ¡Que Dios le oiga, señor embajador!

Don Antonio -pues así se llamaba el viejo y astuto jefe de Policía de Barcelona- llegó a su despacho de la Jefatura momentos después de su corta y afilada escena con el gobernador.

En la antesala le esperaba Perico, uno de los más originales y hábiles carteristas de aquella época.

Perico era un mozo fuerte, joven, distinguido y culto. Hasta había sido aprendiz de cura en un Seminario de Pamplona. Nacido en Aragón, en un pueblecito de las Cinco Villas, su padre, procurador de los Tribunales en la Audiencia de Zaragoza, murió cuando Perico contaba unos doce años. Fue entonces cuando su madre, siguiendo las indicaciones de su confesor, que por cierto era un canónigo *requetebruto* de la basílica del Pilar, lo internó en un Seminario de la pintoresca, católica, apostólica y romana capital de Navarra.

Del Seminario salió Perico, en busca de aventuras, después de seis o siete años de internado, a consecuencia de haberle partido la cabeza, de un estacazo, a un ensotanado que le había hecho proposiciones demasiado extraordinarias.

De Pamplona salió Perico a Biarritz, y de Biarritz a París, y más tarde, cuando en París ya había limpiado hasta los bolsillos de la casaca de la estatua de Napoleón, marchó a Londres, donde pasó algunos años. Y cuando en la capital del imperio británico la Scotland Yard le seguía los pasos muy de cerca, debido a los estragos que había producido con sus *habilidades profesionales*, se acordó de la madre Patria, y emprendió viaje de regreso a España con el propósito de establecerse en Barcelona.

Llegó a la capital de Cataluña y se instaló, como un príncipe, en el Gran Hotel de las Cuatro Naciones, logrando en muy poco tiempo -tal fue su actividad- organizar y dirigir toda la gente del hampa del turbulento, alegre y misterioso distrito del Atarazanas.

Don Antonio conocía -las fichas policíacas son unas palomitas muy inquietas que circulan por todas partes- la vida y milagros de tan extraordinario aventurero, razón por la cual hizo cuanto pudo por ganarlo para su causa, ya que el personal de la Policía que tenía a sus órdenes no servía ni para *cazar* conejos en el mercado de la Boquería.

En la primera entrevista que celebró don Antonio con Perico quedaron establecidas las condiciones de un singular pacto. El jefe de Policía se comprometió a tolerar una prudente actuación de Perico y de su gente, obligándose el ex aprendiz de cura a barrer Barcelona de toda clase de asesinos profesionales.

No hay que decir que el original pacto fue cumplido al pie de la letra.

Don Antonio ordenó al comisario de servicio que hiciera pasar a Perico a su despacho, recomendándole que nadie le molestara durante la entrevista.

El comisario cumplió la orden recibida.

– ¿Da usted su permiso, don Antonio?

– Pase usted, y tome asiento. ¿Un cigarro?

– Muchas gracias, don Antonio; ya sabe usted que no fumo en presencia de mis superiores.

Don Antonio encendió un *caliqueño*.

– Dígame usted -inquirió el jefe de Policía-. ¿Cómo se le ocurrió *tirar* de la cartera del embajador de la Argentina?

– El negocio es el negocio, don Antonio. Aparte de que yo no puedo ver a los argentinos…

– ¿Le deben alto?

– Deben a España cuanto son, y lo olvidan con demasiada frecuencia.

– La gratitud es una planta exótica, amigo Perico.

– ¡Cierto! Por algo escribió Kant estas terribles palabras: «Cuanto más conozco a los hombres, más amo a mi perro».

– ¿Alguna novedad por sus barrios?

– Poca cosa… De Marsella llegaron hace unos días dos *artistas* franceses, de esos *artistas* que para quitarle los pendientes a una dama le cortan las orejas. Debutaron en la calle de Salmerón asesinando a un joyero para robarle el maletín donde llevaba las más ricas joyas de su establecimiento. Informado de lo sucedido, en el acto puse en movimiento mi gente logrando dar con ellos, pocas horas después, en «La Buena Sombra». Alegremente celebraban el éxito del estúpido crimen que habían cometido. Un amigo me presentó a ellos, y yo les hablé con el corazón en la mano. Les dije que Barcelona no era buen escenario para el *espectáculo que ellos presentaban*. Les exhorté a que regresaran a su país, o por lo menos a que *cambiaran de terreno*; pero ellos se reían de mis palabras pletóricas de buen sentido. «Nosotros somos muy hombres, y no necesitamos consejos», afirmaban. Entonces cambié de táctica. Pedimos unas botellas de vino, y entre copa y copa halagué la bravura de los *camaradas* franceses, ensalcé su estilo y grandeza de sus hazañas, pagué la cuenta y les invité a cenar en compañía de unos amigos y unas amiguitas de lo más selecto… Ellos aceptaron la invitación muy alegres y confiados… Nos trasladamos todos a la Barceloneta y cenamos opíparamente en un merendero del «rompeolas»-

– ¿Y después? -le interrumpió don Antonio con marcada ironía.

– Después… lo de siempre en parecidas circunstancias. Los *camaradas* se marearon con el recio vino de España, y les dio por ir a visitar las maravillas del fondo del Mediterráneo.

El jefe de Policía encendió otro *caliqueño*, y dijo con aire preocupado, como quien expulsa de su corazón algo que le atormenta íntimamente.

– Anoche hizo explosión otra bomba… ¡Cuatro muertos más!...

– Ya estoy enterado, don Antonio. Y no he de ocultarle a usted que, aun cuando esos asuntos no son de mi *jurisdicción*, sigo atentamente la acción de los terroristas, porque, la verdad, barrunto que se avecinan sucesos de mayor gravedad.

Meditó un momento y luego agregó:

– La agitación en los medios sindicales es cada día mayor, y lo es debido a la torpe persecución que sufren los anarquistas.

– ¿No cree usted en la responsabilidad de ellos?

– Yo, no -afirmó Perico-. Y no dudo de que usted participa de mi opinión. ¿No es así?

– Tal vez… Pero no todos pensamos igual.

– Discrepa, por lo que sea, el gobernador, y sus satélites…

– Pues hay que ver quién tiene razón. Hasta la fecha, la acción de los terroristas es algo misterioso, impenetrable, que hace infructuosas todas mis investigaciones. Es necesario, amigo mío, que usted movilice toda su gente. Tengo la seguridad de que sus hombres son mucho más útiles que los míos.

Y Perico contestó emocionado:

– Ya sabe usted, don Antonio, que nada me satisface tanto como merecer su confianza.

– Pues a trabajar, Perico; a trabajar sin descanso hasta lograr que Barcelona deje de ser escenario, como dice usted, de tan cobardes y repugnantes crímenes.

El jefe de Policía abrazó efusivamente a Perico, y éste salió de la Jefatura enardecido, francamente dispuesto a librar las más duras batallas contra los verdaderos responsables del terrorismo que ensangrentaba, casi todos los días, las calles de la magnífica ciudad.

CAPÍTULO III

BOMBAS Y CHIRLATAS

Dos asuntos preocupaban más que ningún otro a los periodistas barceloneses: el terrorismo y el juego. Y contra el juego y el terrorismo empezó a hacer fuego casi toda la Prensa de Barcelona.

Las campañas contra el juego y el terrorismo, más o menos violentas, según el matiz de cada periódico, hacían crujir el sillón del gobernador cuando S. E. leía la Prensa a la hora del desayuno.

Para nadie era un secreto que las chirlatas funcionaban con el beneplácito de la primera autoridad civil de la provincia, llegando a afirmar el gran periodista Rafael Guerrero, por entonces director de «Las Noticias», que el *croupier* número 1 era el propio gobernador.

La Prensa de Madrid se hizo eco de la campaña iniciada por la de Barcelona, particularmente «España Nueva» y «El País», que dirigían, respectivamente, Rodrigo Soriano y Roberto Castrovido.

La verdad divulgada por los periódicos de Barcelona y de Madrid motivó varios debates en el Parlamento, interviniendo el diputado republicano por Valencia, Rodrigo Soriano, quien apedreó el «banco azul» con estas palabras.

– Yo ya sé que el señor ministro de la Gobernación no ordenará el cierre de las casas de juego que infestan Barcelona. Ni ignoro que tanto lo que dice la Prensa como cuanto ya se ha dicho aquí y lo que podamos añadir otros diputados, desde estos escaños de la oposición al Gobierno, no tendrá ninguna eficacia. ¿Por qué? Muy sencillo, señores diputados: porque el jefe del Gobierno, que lo es a la vez del Partido conservador, saca de esos garitos el dinero que necesita para vencer a los republicanos en las elecciones.

Y el jefe del Gobierno escupió:

– ¡Su señoría es un insensato!

A lo que replicó Rodrigo Soriano, como un rayo:

– Pero no *croupier*, ni cobro el barato.

Estas palabras cayeron como una ráfaga de ametralladora en el hemiciclo, disparándose todas las garantías gubernamentales con amenazas, injurias y rebuznos.

El presidente del Congreso restableció el orden a fuerza de romper campanillas, momento que aprovechó el secretario para gritar como un energúmeno:

– ¡Orden del día! ¡Orden del día!

La casi totalidad de los diputados abandonaron el salón de sesiones para discutir en los pasillos del Congreso las palabras hirientes pronunciadas por el diputado republicano.

Aquella misma noche (la noche del escándalo en el Parlamento) el ministro de la Gobernación conferenció, por teléfono, con el gobernador de Barcelona, recomendándole que procurara, por todos los medios a su alcance, silenciar la campaña contra el juego en todos los periódicos.

Al Gobierno le interesaba mucho más defender las chirlatas que terminar con el terrorismo, que seguía sembrando de dolor y de muerte las calles y plazas de la hermosa capital de Cataluña.

¿Por qué?

¡Misterio! Misterio que quedará aclarado en estas páginas.

El gobernador, revolviéndose en su despacho como un león enjaulado, repetía, nervioso, las palabras del ministro de la Gobernación: «Hay que silenciar la campaña contra el juego. Hay que terminar con ese escándalo».

– Pero, ¿cómo tapar la boca a esas víboras? -preguntó a don José.

Y el viejo secretario del Gobierno civil murmuró con gesto cardenalicio:

– Recuerde usted las palabras del *Don Juan* de Zorrilla: «Con oro nada hay que falle».

El gobernador respiró:

– Me ha dado usted una idea salvadora.

A lo que replicó don José.

– Es lo único que puedo dar a usted. ¡Ideas!...

El poncio tiró la colilla de un «María Guerrero» que se estaba fumando, y ordenó a don José triunfalmente:

– Con la mayor urgencia convoque usted a los directores de todos los periódicos.

Y don José barboteó beatíficamente:

– Mejor sería convocar a los propietarios o administradores…

– De acuerdo. Mucho mejor es atacar al barco por el casco que por las velas. ¡Manos a la obra, don José! ¡Creo que el triunfo es nuestro!...

El gobernador se levantó de su sillón para trasladarse a sus habitaciones particulares, cuando don José anunció:

– Un momento, señor… En la antesala espera un individuo que tiene singular empeño en hablar con usted, particularmente. Asegura que posee la clave de algo muy importante.

– ¿Un loco?

– Más bien un bergante… Pero a veces -aclaró don José- los bergantes son muy útiles a los hombres de gobierno…

– Dígale usted que vuelva otro día. Hoy, la verdad, no estoy para grandes empresas…

Dos horas más tarde, en el momento en que S. E. entraba en el atrio del Teatro Liceo, rodeado de algunos amigos y del jefe de su rondín de Policía, una bomba hizo explosión en los soportales de la Plaza Real.

Y el excelso dramaturgo catalán Angel Guimerá, que se encontraba en el «Café Lion d'Or», muy cerca del lugar del suceso, exclamó ante sus amigos de tertulia:

– ¡No hay duda de que toda la canalla del Universo se ha dado cita en Barcelona!

Pero al poncio no le preocupaba una bomba más o menos; su única preocupación, su obsesión era terminar con la campaña contra el juego. Las palabras del ministro de la Gobernación: «Hay que terminar con ese escándalo», golpeaban su cabezota calva de una manera intermitente.

Al parecer S. E. en el palco oficial del gran teatro, después de saludar con una reverencia a la bellísima marquesa de Villanueva de Geltrú, que brillaba como una diosa en la suntuosa sala del primer coliseo de España, ordenó a su secretario particular:

– Acérquese usted al «Eden Concert» y tráigame al director y propietario.

Media hora más tarde el «Nano» se encontraba prendido en la tela de araña tejida cuidadosamente por el gobernador.

– Le he llamado a usted -le espetó brutalmente- para comunicarle que mañana, antes de las doce del mediodía, necesito dos millones de pesetas.

Blanco como el lino de los paños litúrgicos (como escribiera don Ramón del Valle Inclán), el «Nano» protestó:

– Yo no dispongo de una cantidad tan considerable. ¡Ya pago demasiado!...

Y el gobernador, hombre de alma más negra que un salteador de caminos, rugió:

– ¡O los dos millones, o la suspensión del juego y el arresto inmediato de todos los que viven de las chirlatas! Y ni una palabra más… Puede usted retirarse.

En aquel momento, en escena, se desplomaba «Scarpia», *herido de muerte* por el cuchillo justiciero de «Tosca», y el poncio sintió un ramalazo de frío que le heló las entrañas.

Al otro día, antes de la hora indicada, el excelentísimo señor gobernador de Barcelona encerraba en su caja fuerte los dos millones de pesetas.

¿Qué sucedió después?

Lo que era de esperar. El mismo día quedó sofocada la campaña contra el juego en la mayoría de los grandes rotativos barceloneses. Medio millón de pesetas, en concepto de publicidad oficial, fue suficiente cantidad para firmar un protocolo de ayuda mutua entre el poncio y los administradores de los diarios *independientes*.

Gran día para el gobernador. De un tiro había matado dos pájaros. Por un lado reforzó su botín con millón y medio de pesetas, y por otro silenció, en un ochenta por ciento, los gritos de protesta contra su vil actuación.

Y los asnos rebuznaron:

– ¡Esos miserables!... ¿Por qué callan? ¡Callan porque cobran!...

¡Miserable opinión pública que tan graciosamente pretende llegar al fondo de todos los problemas!

La Prensa burguesa inició su siesta, indiferente a todo… para los grandes rotativos la consigna era cobrar o callar. Pero había otra Prensa, la Prensa republicana y anarquista, que continuaba atacando al Gobierno y a su representante en Barcelona. Estos periódicos eran «Las Noticias»,

«Tierra y Libertad», «Solidaridad Obrera», «El Progreso», «El Poble Catalàs», «Los Miserables», «La Campana de Gracia», «L'Esquella de la Torraxa» y algunos más.

Desde las columnas de «La Campana de Gracia» y de «L'Esquella de la Torraxa», semanarios que editaba el popular librero Antonio López, los escritores catalanes Pedro Corominas, Gabriel Alomar, Pons y Pagés, Prudencio Bertrana y otros de cuyos nombres no quiero acordarme, porque ellos se olvidaron de sí mismos, atacaban duramente al Gobierno por someter a la capital catalana a un gobernador cuya bellaquería y voracidad eran universalmente reconocidas. Las páginas de estos semanarios republicanos nacionalistas, ilustradas con mucha maestría y aguda intención por los formidables dibujantes «Apa» y «Opisso», hacían rugir al poncio al reconocer su propia impotencia para reducir al silencio aquellas plumas de fuego, populares y prestigiosas, que tan profundamente herían sus carnes y su orgullo.

Ni el dinero, ni las malas artes del gobernador ni las persecuciones policíacas servían de nada ante entereza de Antonio López y de sus colaboradores, que habían convertido las páginas de «La Campana» y de «L'Esquella» en inexpugnables fortalezas.

Otro de los periódicos de combate de aquella época era «Los Miserables», a cuya Redacción pertenecían un puñado de periodistas republicanos incontrolados; es decir, sin control político, divino ni humano. Formaban parte de este grupo de apóstoles del evangelio de Joaquín Costa, Angel Samblancat, Luis Capdevila, Mateo Santos, Platón Peix, «Amichatis», Santos Muñoz (que murió en la Cárcel Modelo de Barcelona, en 1918, cumpliendo condena por *supuestas injurias* a Alfonso XIII) y Rosendo Giménez, que fue asesinado en la calle del Conde del Asalto, el 17 de junio de 1921, por los pistoleros de los generales Martínez Anido y Arlegui.

Las campañas de «Los Miserables» eran algo así como una lluvia de fuego que encendía el espíritu de rebeldía de las juventudes obreras y universitarias. Pero tan gran periódico en esencias, era minúsculo en tirada. Sin maquinaria propia, sin talleres adecuados y con escasos medios económicos, a fuerza de ingenio y de sacrificios de toda naturaleza lograba su director (que no era otro que el autor de esta casi crónica) poner en circulación tres o cuatro mil ejemplares todas las mañanas.

El gobernador denunciaba el periódico casi todos los días, y sus sabuesos se incautaban de algunos ejemplares en los quioscos de las Ramblas. Y no hay que decir que tanto el director de «Los Miserables» como sus redactores contaban los procesos por centenares. En más de una ocasión, director y redactores se veían obligados a reunirse, meses y meses, en el departamento, o *galería de políticos*, de la *Bastilla barcelonesa*.

Un día el director de «Los Miserables» recibió una carta del gobernador, invitándole a que pasara por su despacho.

– ¿Qué pretenderá ese bandido? -se preguntó el capitán de «Los Miserables».

Y para salir de dudas se personó en el Gobierno civil a la hora señalada.

Le recibió el bueno de don José, secretario general del Gobierno civil, y le preguntó:

– ¿Qué le trae a usted por esta santa casa?

– Esta carta del gobernador.

– Veamos la carta.

Don José leyó atentamente la *amable invitación* de S. E., y dijo:

– Mucho cuidado, amigo mío. No olvide usted que el gobernador le ha llamado, seguramente, con el propósito de devorarle haciéndole caer en alguna trampa de su fino estilo. Mucho cuidado: no le digo más.

Momentos después el director de «Los Miserables» estaba en presencia de S. E.

El poncio habló:

– ¿Es usted el director de «Los Miserables».

– El mismo, para lo que usted guste mandar…

– Tenía verdaderos deseos de conocerle personalmente.

– Pues… ya ha satisfecho usted su curiosidad.

– ¿Es usted catalán?

– Soy de Zaragoza.

– Yo le creía a usted de más edad.

– No cuento muchos años, pero he servido más que Matusalén.

El gobernador hizo una pequeña pausa y le preguntó muy delicadamente.

– ¿Me quiere usted decir por qué me ataca su periódico con tanta ferocidad?

– La causa puede usted hallarla, clara y terminante, en los propios ataques.

El gobernador encendió un pitillo y continuó:

– Yo quisiera ser amigo de usted; se lo digo sinceramente.

– Eso depende más de usted que de mi propia voluntad.

– Veamos… Yo conozco muy bien sus inquietudes económicas y las dificultades que ha de vencer, todos los días, para sostener su periódico.

– Generalmente, ningún millonario se mete a redentor.

– Eso es cierto… Pero no es menos cierto que yo deseo ayudar a usted de una manera eficaz.

– ¿De qué forma puede usted ayudarme, siendo nuestros caminos tan opuestos?

– Para todo hay una fórmula, amigo mío…

Dichas esas palabras, S. E. sacó un grueso paquete de billetes de uno de los cajones de su mesa, y se los ofreció sonriendo con aire triunfal.

– Tome usted este dinero y arregle sus asuntos. Y conste que yo no le pido nada en cambio…

Y el director de «Los Miserables» le replicó:

– Comprenderá usted, señor gobernador, que ni este es el lugar más a propósito para recibir dinero de un hombre como usted, ni es esa la fórmula más adecuada para lograr sus propósitos.

– ¿Cuál es entonces? -replicó nervioso S. E.

– Mañana se la indicaré en la primera página de «Los Miserables» -contestó con firmeza el periodista, dando por terminada la entrevista.

Y al llegar a la puerta de la calle el director de «Los Miserables» fue cacheado por la Policía…

Al otro día, sin omitir detalle de la *famosa entrevista*, el gobernador de Barcelona quedó retratado, en la primera página de «Los Miserables», como el sujeto más despreciable y vil nacido de vientre de mujer. Y el retrato circuló por toda España, sin que pudieran evitarlo los sabuesos de S. E.

CAPÍTULO IV

HOMBRES Y PERROS…

A eso de las doce de la mañana recibía el jefe de Policía a los reporteros de la Prensa diaria.

En una de estas entrevistas, el redactor de «La Veu de Catalunya», Fernando Agulló, preguntó a don Antonio:

– ¿Cuándo terminará usted con los terroristas?

Y don Antonio replicó flemático:

– Cuando sepa quiénes son; porque se da el caso, señor Agulló, que mientras unos acusan a los obreros, otros señalan a los patronos como únicos responsables.

– Yo no puedo creer en la responsabilidad de los patronos -se le escapó al redactor del órgano de la Liga Regionalista.

– ¿Qué razones tiene usted para no creer?

– ¡Hombre, yo…!

– Suponía la contestación. -Y agregó el policía:- Ninguna razón fundamental, conocida hasta la fecha, puede servir de base para sostener la irresponsabilidad de los patronos, ni la culpabilidad de los obreros. Y así siempre, por desgracia… Todo son sospechas, suposiciones, opiniones contradictorias, palabras… Y yo, francamente, no quiero dar palos de ciego. -Y tras una breve pausa, añadió:- El asunto que a todos nos preocupa es demasiado grave para que un hombre como yo pretenda salir del paso, ante los periodistas, asegurando formalmente que la Policía sigue una pista. Nada de eso. Yo les confieso a ustedes que no tengo la menor idea de quiénes puedan ser los autores de tan criminales atentados; sólo abrigo la esperanza de que, más tarde o más temprano, los responsables caerán en mi poder, y serán entregados a los Tribunales, *pese a quien le pese y caiga quien caiga*…

– Perdone usted, don Antonio -atajó el redactor de «El Progreso», Julio Piferrer-. ¿Cómo se explica, siendo esa su opinión, que hayan sido detenidos y encerrados en el castillo de Montjuich varios anarquistas, a los que se acusa de complicidad con los autores de los atentados terroristas?

Sorprendido, y sin poder ocultar su contrariedad, replicó el jefe de Policía:

– Yo no he ordenado esas detenciones.

– ¿Quién las ordenó? -inquirieron todos los periodistas.

Y don Antonio contestó con malicia:

– Ustedes, que nada ignoran, lo deben saber.

Al salir los periodistas de la Jefatura se cruzaron con Perico, quien, sin hacer antesala ni un momento, entró en el despacho de don Antonio, con el que celebró una interesantísima conferencia.

Hacía tiempo que Perico tenía la convicción de que los anarquistas eran ajenos a los atentados que se sucedían en las calles de Barcelona.

El conocía la opinión de los trabajadores, y había escuchado a Anselmo Lorenzo, anarquista cultísimo y de su pureza sin mácula, cuando dijo en el Ateneo: «El terrorismo es una acción tenebrosa contra los nacientes Sindicatos obreros».

Y Perico repetía con frecuencia aquellas palabras del apóstol del anarquismo: «El terrorismo es una acción tenebrosa contra los nacientes Sindicatos obreros».

Consultó su reloj. Eran las ocho de la noche. Tomó un coche de punto e indicó al auriga: «Al Café Suizo».

En la Plaza Real se apeó Perico del simón que había tomado al final del Paseo de Gracia. Pagó al cochero y entró en el famoso café de la Rambla del Centro, por la puerta que daba acceso al restaurante, bajo el patio suntuoso que formaban las arcadas de la más bella de las plazas de la Barcelona antigua. Tomó asiento en el lugar de costumbre, y el camarero comenzó a servirle la cena en la mesa que le tenía reservada y preparada todas las noches, desde hacía algunos meses.

El Café Suizo era en aquella época, y lo fue durante muchos años, el preferido de la *gente de mundo*. Lo frecuentaban cómicos de cartel, periodistas, toreros de jerarquía, estrellas de cabaret, mujeres galantes de las más diversas razas y nacionalidades, aventureros y políticos profesionales, particularmente los que gozaban de representación en el Ayuntamiento de Barcelona. ¡Los concejales! ¡Los famosos concejales de la cal, del cemento y de los adoquines!

En aquella Babilonia donde se confundían, aparte de los idiomas, todos los sentimientos y vanidades. Perico observaba a todos y no hablaba con nadie. Únicamente, al pasar, saludaba al popular jurisconsulto señor Mir y Miró, a quien desde que llegó a Barcelona confió sus asuntos y los de su gente. El propio camarero, que le servía todas las noches, desconocía la verdadera personalidad de su discreto y espléndido cliente, al que suponía diplomático, o banquero, o agente secreto del Gobierno de París, o del Gobierno de Londres. Cuántas veces se había preguntado al camarero:

– ¿Quién debe ser este hombre que lee tantos periódicos franceses e ingleses? -Y él mismo respondía-: No hay duda de que se trata de un personaje muy importante.

Ya había terminado de cenar nuestro hombre, cuando entró en el café el señor Mir y Miró. Perico se levantó y, dirigiéndose a su abogado, exclamó:

– ¡Cómo tan tarde a cenar, señor Mir y Miró!

– Ya lo hice, Perico; esta noche he cenado, con unos amigos, en la Maison Dorée.

Perico apunto:

– Deseaba hacerle una pequeña consulta… ¿Quiere usted hacerme el honor de tomar una taza de café en mi compañía?

– No hay ningún inconveniente, mi querido amigo. Diga usted. Le escucho.

Ambos tomaron asiento, y el camarero les sirvió el café y unas copas de «Napoleón».

– ¿Un cigarro?

– Encantado, Perico. Los cigarros habanos son mis amores predilectos. En otros tiempos mis amores eran los habanos y las *habaneras*…

El abogado tomó un cigarro de una de las cajas que había sobre la mesa, lo encendió, con mucha calma, y dijo en tono jovial:

– ¡Veamos esa consulta! ¿Algún negocio sin fortuna?...

– Nada de eso, señor Mir y Miró. No se trata de negocios. Lo que deseo de usted es que me dé a conocer su opinión personal sobre el terrorismo; que me diga usted quiénes son, a su juicio, los verdaderos responsables de esos actos vandálicos que tan profundamente conmueven al pueblo de Barcelona.

El señor Mir y Miró, algo sorprendido por tan singular pregunta, respondió con la mayor naturalidad.

– Yo no tengo más que una opinión sobre el terrorismo que nos aturde, y ésta ya la expuse, públicamente, en el mitin que celebramos los republicanos, junto con los anarquistas, en el Teatro Condal. Yo estoy seguro de que los verdaderos responsables de toda esa serie de crímenes repugnantes, que se suceden con demasiada frecuencia, se encuentran en las organizaciones patronales.

– Esa es también la opinión del jefe superior de Policía -afirmó Perico.

– ¿Qué dice usted? Eso es imposible. De ser así, ¿cómo se explica que el castillo de Montjuich han sido decretadas por el gobernador y practicadas por la Policía a sus órdenes.

– ¿Está usted seguro?

– ¡En absoluto!

El abogado quedó atónito ante la gravedad de lo que acababa de escuchar. Descubrimiento tan importantísimo le abría infinitos caminos para continuar la campaña iniciada contra los terroristas y sus colaboradores.

Después de un momento de reflexión, dejó caer estas palabras el viejo jurisconsulto:

– Lo que no comprendo es que le interesen a usted estos *affaires* tan lejanos de sus actividades.

Perico, que sintió en su corazón el golpe malicioso de su abogado, respondió enérgico.

– En un régimen donde brillara la Justicia, yo hubiera preferido ser sacerdote que ladrón. Yo no soy un degenerado, señor Mir y Miró. Mi formación espiritual anatemiza todo acto de violencia que no repercuta en beneficio de la Humanidad. Por otra parte… usted conoce, mejor que nadie, el porqué de mis relaciones con el jefe de Policía.

El señor Mir y Miró enderezó su encorvado talle de gigante sesentón, y estrechando las manos de aquel aventurero que conservaba tantos rasgos de hombre, exclamó:

– ¡De acuerdo, mi querido amigo! Y conste que no he pretendido ofenderle. Lo que sucede es que los abogados tenemos el hábito de escarbar… ¿Comprende? Por lo demás, cuente usted conmigo en todo y para todo. No le digo más.

Perico se despidió de su abogado con devoción y reconocimiento.

En cuanto el señor Mir y Miró abandonó el café. Perico pagó la cuenta y se dirigió, paso a paso, a la Jefatura de Policía.

Al llegar al despacho oficial, el secretario le comunicó en voz baja:

– Don Antonio está reunido, en estos momentos, con los delegados del Comité de los Sindicatos Unidos.

– Esperaré.

Perico encendió un cigarrillo y empezó a pasear por la antesala. Su propósito era dar a conocer al jefe de Policía su cambio de impresiones con el señor Mir y Miró.

A los diez minutos apareció don Antonio en la puerta de su despacho. Ya había terminado su entrevista con los delegados sindicales.

Al ver a Perico en la antesala, le preguntó:

– ¿Hace mucho rato que espera?

– Un cuarto de hora, aproximadamente.

– ¿Alguna novedad?

– Alguna… y no sin importancia.

– Pase usted, y hablaremos.

El jefe de Policía, después de un breve silencio, con acento que expresaba su íntima contrariedad, expuso:

– ¿Sabe usted a qué han venido esos individuos que acaban de salir de mi despacho?

– No acierto.

– Pues nada menos que a comunicarle que la Federación Local de Sindicatos Unidos ha acordado declarar la huelga general si antes del sábado no han sido puestos en libertad todos los obreros que se encuentran detenidos en el castillo de Montjuich.

– ¡Pero eso es una locura! -objetó Perico-. Precisamente es eso lo que busca el gobernador y lo que desea la Patronal.

– Yo les he hecho toda clase de consideraciones, pero nada he logrado. Reconozco que les sobra razón para todo… Mas, para desarrollar mi plan, yo necesito ganar tiempo.

– ¿Quiere usted que haga alguna gestión?

– Convendría que alguien informara, oficialmente, a la Federación de Sindicatos de que yo soy ajeno a esas detenciones.

– A estas horas ya lo saben -afirmó Perico brillándole los ojos de alegría.

– ¿Cómo lo saben? -preguntó el policía, que no acertaba a comprender.

– Yo se lo he dicho esta noche al señor Mir y Miró, que es el abogado de los Sindicatos…

– ¿Y de qué conoce usted a ese Señor?

– Es mi abogado desde hace mucho tiempo.

– ¿Y cree usted que habrá informado al Comité?

– Estoy seguro de ello. ¿Por qué? Porque el señor Mir y Miró había de celebrar una conferencia con el Comité, precisamente esta noche a las diez y media, y ya son las doce menos cuarto.

Seguidamente Perico explicó a don Antonio, punto por punto, la conversación que había sostenido, en el Café Suizo, con el ilustre abogado catalán.

El jefe de Policía susurró:

– Puede ser que, sin darse usted cuenta, haya prestado un gran servicio a Barcelona.

Y Perico, sin poder disimular el mal efecto que le habían producido las últimas palabras pronunciadas por su *superior*, replicó:

– Yo me doy cuenta siempre de lo que hago…

Y el astuto policía le atajó sonriendo:

– No hace falta que lo jure; estoy convencido de ello.

El comisario de servicio entró en el despacho para anunciar a don Antonio que un delegado de los Sindicatos deseaba entregarle, personalmente, un comunicado urgente.

– ¡Que pase inmediatamente! -ordenó el jefe superior.

Perico se levantó del sillón que ocupaba, retirándose, discretamente, a uno de los extremos de la sala.

Un hombre como de unos cincuenta años, alto, fuerte, moreno, con la piel curtida por todos los vientos de mar y tierra y con la noble expresión de quien va a cumplir con un alto deber, llegó hasta el jefe de Policía y le entregó un sobre abierto.

Don Antonio, con visible nerviosidad, sacó el comunicado del sobre y lo leyó rápidamente, manifestando:

– ¡Conforme! ¿Desea usted algo más?

– Dos cosas solamente -contestó el delegado-: Que me devuelva el comunicado, firmado por usted, y que nos informe, en cuanto regrese a Barcelona, del resultado de sus gestiones en Madrid.

El jefe de Policía firmó y selló el documento.

– He aquí el comunicado firmado y sellado, de acuerdo con los deseos del Comité. Y referente a lo demás, diga usted a sus compañeros que les pondré al corriente de mis gestiones, oportunamente. -Y después de una ligera pausa, agregó-: ¿Me permite usted una pregunta?

– Diga usted.

– ¿A qué se debe el cambio de actitud de ustedes?

– Se debe a que el Comité se ha enterado de que usted es ajeno a las detenciones practicadas.

– Muchas gracias.

El policía acompañó al delegado del Comité hasta la puerta y le despidió amablemente.

Dirigiéndose a Perico, exclamó:

– ¡Amigo mío, de momento se ha salvado la situación! El Comité local ha acordado aplazar la orden de huelga general. No hay duda de que es usted mi mejor colaborador.

Perico balbuceó emocionado:

– Agradezco a usted sus palabras de alta consideración personal. De vez en cuando me acuerdo de que mi padre fue un hombre honorable, y me avergüenzo de mí mismo…

– No se preocupe usted, muchacho; en nuestro país, por desgracia, todos los *honorables* y hasta los *excelentísimos* y *majestades* tienen una ficha más negra que «El Tempranillo». Usted es un angelito todavía… ¿Qué daño ha hecho usted a la Sociedad? Ninguno. Peor que usted es hasta el más honrado de mis agentes, y de mi pasado, no hablemos… Yo tengo un pasado que asusta, se lo juro.

CAPÍTULO V

AL SERVICIO DE LA JUSTICIA

El jefe de Policía se trasladó a Madrid al día siguiente de haber conferenciado con los delegados de los Sindicatos.

Su primera visita, en la Villa y Corte, fue para el director general de Seguridad, a quien puso al corriente de la gravedad de la situación en Barcelona debido a la incalificable actuación del gobernador civil.

El director general, después de escuchar con la mayor atención a don Antonio, le aconsejó:

– De estos asuntos debe usted tratar, directamente con el ministro de la Gobernación. Yo no puedo intervenir en los negocios de Barcelona… Por otra parte, sólo el ministro puede resolver problemas de tanta importancia.

– Mi obligación era hablar con usted en primer lugar -declaró el jefe de Policía.

– Conforme, don Antonio; y no dude de que le agradezco profundamente su atención.

Y agregó el director general:

– ¿Piensa usted pasar algunos días en Madrid?

– No, señor; mi deseo es regresar a Barcelona lo antes posible.

– Siendo así, no hay tiempo que perder. Ahora mismo telefonearé al ministro para manifestarle que desea usted comunicarle asuntos importantísimos, personalmente. De paso le anunciaré su visita. ¿Tiene usted coche?

– No, señor. El Ministerio está cerca; iré paseando poco a poco.

– Nada de eso, don Antonio; yo pondré un coche a su disposición, y cuando haya terminado su entrevista con el ministro, venga usted a recogerme para ir juntos a almorzar al Fornos.

– Agradecido, mi director general.

– Nada de agradecimientos, mi viejo amigo; para mí es un placer charlar un rato con usted de las cosas de Barcelona.

– De verdad -terminó don Antonio- que en ninguna parte del Universo ocurren sucesos tan extraordinarios.

– Pues hasta luego, don Antonio.

– Hasta muy pronto, señor director general.

Don Antonio se trasladó en el acto al Ministerio de la Gobernación, pasando, en cuanto llegó, al despacho del ministro.

Después de los saludos de rigor, habló el ministro:

– El director general de Seguridad me ha informado de la llegada de usted a Madrid y de sus deseos de comunicarme algo importante. Veamos… ¿Qué ocurre por Barcelona?

– Mucho y malo, señor ministro.

– Puede usted informarme, sin ninguna reserva.

Don Antonio, en pocas palabras, expuso al ministro, de forma clara y terminante, cuanto sucedía en la capital de Cataluña, debido a la incapacidad y amoralidad del gobernador civil, terminando su informe con estas palabras:

– En fin, señor ministro: Barcelona es un presidio suelto, un inmenso burdel donde los señoritos chulos, los tahúres y los terroristas, unos y otros protegidos directa o indirectamente por el representante del Gobierno, son los verdaderos amos…

– ¿Y qué haría usted en mi lugar? -atajó el ministro.

– Destituir telegráficamente al gobernador -contestó con firmeza el jefe de Policía.

– Eso es imposible… El gobernador de Barcelona es inviolable… y es inviolable por la sencilla razón de que cuenta con el apoyo del presidente del Consejo. ¿Por qué?...

– Tal vez porque el gobernador de Barcelona dispone de muchos millones.

– Esa u otra razón aun más inconfesable debe servir de parapeto a ese funesto personaje. Pero lo cierto es que yo no puedo con él.

– Si es así, señor ministro, yo le ruego que acepte mi dimisión. Yo no quiero cargar con la responsabilidad de hacer frente a los Sindicatos si éstos, como me han anunciado, declaran la huelga general en defensa de sus militantes encerrados, injustamente, en el castillo de Montjuich.

El ministro exclamó:

– ¡Imposible! Yo le necesito a usted en Barcelona. Me es imprescindible. Tenga usted confianza en mí.

El jefe de Policía insistió:

– No olvide S. E. que el peligro es inminente.

– No lo olvido. Puede usted regresar a Barcelona con la mayor tranquilidad. Yo le prometo a usted que o dejo de ser ministro de la Gobernación o mañana han de ser puestos en libertad todos los detenidos, o por lo menos serán trasladados a la Cárcel Celular, a la disposición de los Tribunales ordinarios. ¿Está usted conforme?

– Más que conforme, señor ministro. Esta misma noche regresaré a Barcelona, convencido de que S. E. es un hombre comprensivo.

El ministro abrazó al jefe de Policía, y se despidió de él con estas palabras:

– No deje usted de tenerme al corriente de todo…

– Se lo prometo a usted, señor ministro.

– Hasta la vista, don Antonio.

– Hasta muy pronto.

Minutos después el jefe de Policía refirió al director general de Seguridad el resultado de su conferencia con el ministro de la Gobernación.

El director general le felicitó, efusivo.

Después de almorzar en Fornos y de charlar ampliamente de diversos asuntos, el director general acompañó a don Antonio al Museo del Prado, donde el viejo policía pudo admirar las obras maravillosas de Velázquez, de Goya, de Murillo, de Ribera y de otros maestros de la Pintura española, que honran a España mucho más que todos los Cánovas y Mauras, y que todos los Serranos, Prims y Primos de Rivera, que llenan de sangre y de fango centenares de páginas de nuestra lamentable historia.

En seguida que Perico se enteró del regreso del jefe de Policía se personó en la Jefatura.

– Celebro su regreso, don Antonio.

– Y a mí me encanta volver a verle por aquí. ¿Ha sucedido algo importante durante mi ausencia?

– Ayer apareció muerto en el Paralelo, frente al Teatro Soriano, uno de los agentes de Policía del rondín del gobernador.

– Ya estoy enterado del suceso -afirmó don Antonio-. El desdichado quería cobrar el barato, por su cuenta, y los parciales del «Nano», con la venía de S. E., le dieron pasaporte…

– Yo creí que el móvil de la ejecución era otro.

– ¿Por qué?

– Porque ese agente se había destacado en la detención de anarquistas.

– Ese individuo -aclaró el jefe de Policía- se destacaba en todo lo peor… En fin; allá el gobernador con su rondín y con todas sus tenebrosas combinaciones. Nosotros, a lo que importa. Necesito hablar con el señor Mir y Miró hoy mismo.

– ¿A qué hora?

– Me es igual. A la hora que él prefiera y donde a él le sea más cómodo.

– ¿Me permite usted una pregunta? -balbuceó Perico con el mayor recato.

– Diga usted.

– ¿Ha triunfado usted en Madrid?

– De no haber triunfado, a estas horas no sería yo el jefe de Policía de Barcelona.

– Mi alegría es inmensa, don Antonio.

– Me lo figuro, Perico.

– ¿Puedo retirarme?

– Márchese usted y vea a su abogado inmediatamente.

– No tardaré mucho en exponerle los deseos de usted.

Aquella misma tarde el señor Mir y Miró recibió en su domicilio particular al jefe de Policía.

El abogado propuso:

– Una taza de café y una copita de coñac será el mejor prólogo de nuestra entrevista. ¿Aceptado, don Antonio?

– Encantado, señor Mir y Miró.

– Pues sentémonos y hablemos de lo que importa.

El policía encendió un *caliqueño* y empezó:

– Ayer expuse al ministro de la Gobernación, en Madrid, la inquietante situación de Barcelona. Le hablé del peligro inminente de una huelga general por los motivos que usted ya conoce.

– ¿Y qué medidas piensa tomar el ministro? ¿Piensa declarar el estado de guerra y sacar los cañones a la calle?

– Todo lo contrario, señor Mir y Miró. El señor ministro me prometió que hoy mismo ordenaría el traslado de los obreros recluidos en el castillo de Montjuich a la Cárcel Modelo, donde quedarán a la disposición de los Tribunales.

– ¿De los Tribunales especiales? -interrumpió el abogado.

– No, señor; de los Tribunales ordinarios -aclaró el policía.

– Eso ya es algo, pero no es todo, mi querido don Antonio. Esos obreros deben ser puestos en libertad, con todos los pronunciamientos favorables.

– Yo confío en el prestigio profesional y político de usted para que en un plazo breve puedan volver a sus hogares.

– No dude usted de que yo haré cuanto humanamente pueda por lograr la reparación que se debe a esos hombres, que son víctimas del inicuo régimen que sufrimos todos los españoles; pero, la verdad, mucho me temo que surjan serias dificultades.

– Procuraremos vencerlas, señor Mir y Miró. Yo, desde este momento, quedo enteramente a la disposición de usted.

– Muchas gracias, don Antonio.

– Lo urgente ahora -añadió el policía- es que los Sindicatos procedan con la mayor discreción.

– Nada tema: yo le aseguro que, de cumplir sus promesas el ministro de la Gobernación, no se declarará la huelga general. ¿Conformes?

– ¡Conformes!

– ¡Conformes de todo!

Los dos personajes sellaron con un apretón de manos el noble propósito de luchar unidos, en lo sucesivo, cada uno desde su alto ministerio, al servicio de la Justicia.

CAPÍTULO VI

MAGISTRADOS DE TRAPO Y POLÍTICOS OPORTUNISTAS

Los cien obreros secuestrados por el gobernador en el castillo de Montjuich fueron trasladados, por orden del ministro de la Gobernación, a la Cárcel de la calle de Entenza. El proletariado catalán respiró. Los detenidos empezaron a recibir auxilios de sus familiares y amigos, y hasta fueron autorizados para recibir visitas todos los jueves y domingos.

Por pura fórmula, para cubrir las apariencias, se acordó procesar a los cien anarquistas.

Enterado el señor Mir y Miró de la resolución tomada por los *Tribunales* (Tribunales de cartón, como fueron siempre y continúan siendo los Tribunales españoles), reunió en su despacho a varios abogados republicanos, entre ellos a los señores Puig de Aspres, Serraclara, Guerra del Río, Borjas Ruiz y Pepe Ulled.

El señor Mir y Miró explicó a sus compañeros el proceso de todo lo ocurrido con los detenidos hasta lograr que fueran trasladados del castillo famoso a la Cárcel Celular.

Los abogados tomaron el acuerdo de visitar al juez encargado de la instrucción del grotesco proceso, lo que hicieron sin pérdida de tiempo, logrando, sin esfuerzo, que el representante de la *Justicia, previa consulta con el presidente de la Audiencia*, otorgara la libertad provisional a todos los procesados, mediante la fianza en metálico (del lobo un pelo) de 1.000 pesetas por individuo.

Al salir del Palacio de Justicia exclamó el señor Mir y Miró:

– ¡Algo hemos adelantado! ¿No les parece a ustedes?

– Pero falta el rabo por desollar… ¿De dónde diablos van a salir 100.000 pesetas? -objetó Guerra del Río.

– Tal vez don Alejandro nos dé una ideíca -apuntó Pepe Ulled.

– ¿Una ideíca?... Lo que hace falta es que dé el dinero -gritó Borjas Ruiz.

Y el señor Mir y Miró resumió:

– Me parece oportuno plantear el caso a Lerroux. A nadie más que a él puede interesar resolver el problema. No olvidemos que nuestro Partido se nutre, principalmente, de la clase trabajadora.

Y los abogados cumplieron el acuerdo de visitar a Lerroux en su despacho de la Casa del Pueblo.

Lerroux, al ver entrar en su despacho a los seis abogados, exclamó:

– ¡Malo, malo, malo! ¡Seguramente que son ustedes heraldos de alguna gran catástrofe!

– Todo lo contrario -aclaró Guerra del Río-. Somos portadores de cien mandamientos de libertad.

– ¿Cien mandamientos de libertad? Como no se expliquen ustedes…

El señor Mir y Miró informó a don Alejandro.

Y don Alejandro, hombre de rápidas resoluciones, manifestó:

– Pues asunto resuelto, mis queridos amigos. Las 100.000 pesetas las dará don Toribio Sánchez, que, como ustedes saben, ha llegado de América con muchos miles de pesos y grandes ansias de ser diputado por Barcelona.

Y añadió espectador:

– Hoy es jueves; para el domingo organizaremos un *mitin monstruo*, en el cual expondremos la brutalidad cometida con esos anarquistas, y de paso anunciaremos que el próximo lunes serán puestos en libertad. ¿Conformes?

– En absoluto -contestaron los abogados.

– Pues manos a la obra -terminó Lerroux-. No hay que olvidar que se aproximan las elecciones.

Al siguiente día apareció toda la ciudad engalanada con millares de carteles anunciando un gran mitin pro-presos, con el concurso de varios oradores, entre ellos Hermenegildo Giner de los Ríos y Alejandro Lerroux.

Llegó el domingo. Las tropas habían sido acuarteladas. La ciudad hervía de entusiasmo. De las Fraternidades Republicanas salían nutridos grupos de ciudadanos con sus banderas tricolores. Y los proletarios catalanes, por las cincuenta avenidas afluyentes al magnífico Parque de Barcelona, llegaban, como majestuosas bandadas de pájaros azules, a la plaza de armas de la antigua Ciudadela.

El mitin empezó a las diez de la mañana. Los abogados expusieron la acción criminal del gobernador, poniendo fuego en sus palabras. Las flores de los versallescos jardines del viejo Parque de Barcelona se abrían al calor del entusiasmo de la multitud congregada en tan bello recinto.

A los discursos seguían aplausos, ovaciones, gritos, amenazas contra el poncio y contra su Gobierno, etc., etc.

Giner de los Ríos, como de costumbre, pronunció palabras de serenidad…

Al levantarse Lerroux se desbordó la multitud y las banderas republicanas se abrieron al viento para saludarle.

No hay que olvidar que Lerroux era, en aquella época, el ídolo de las masas populares de Barcelona.

Con voz de trueno resumió Lerroux:

– Yo les prometo que mañana serán puestos en libertad los cien trabajadores víctimas de la vil situación del gobernador civil. (Ovación delirante). Pero esto no es suficiente -agregó-. Es necesario que tras la libertad de esos obreros logremos, y lo lograremos, yo se los aseguro, liberar a Barcelona de ese monstruo, aunque nos veamos obligados a echarlo a tiros.

Las últimos palabras del «Emperador del Paralelo» -así era llamado Lerroux por sus enemigos de la Plaza de la Cucurulla- hicieron rugir con fiereza, como leones hostigados por el látigo del domador, a los sesenta o setenta mil ciudadanos reunidos en la Plaza de Armas.

Terminado el mitin, miles y miles de trabajadores desfilaron, bajo los pliegues de centenares de banderas republicanas, sin dar ocasión a que interviniera la fuerza pública, por delante del Gobierno civil.

Y el poncio, que veía pasar aquella multitud de hombres azules desde el interior de su despacho, maldecía iracundo:

– ¡Canallas! ¡Cobardes! Desfilan como borregos, sin tirar ni una sola piedra que justifique la intervención de la Guardia civil.

Y lo cierto es que la *promesa* de Lerroux fue el lunes una realidad; y no es menos cierto que los obreros de Cataluña cubrieron con exceso una suscripción para devolver a Lerroux las 100.000 pesetas de don Toribio Sánchez.

¡Cualquiera tosía al «Emperador del Paralelo» en aquella época! ¡No le tosía ni Francisco Cambó, que el diablo guarde su recreo!...

¡Tiempos extraordinarios aquellos! Algunos años después del mitin de la Plaza de Armas, los barceloneses cubrieron otra suscripción, a *cien céntimos por cabeza*, para redimir del servicio militar a Manuel Posa, joven republicano que había sido condenado a varios años de presidio por haber disparado su pistola contra el «Excelentísimo» Antonio Maura, personaje funesto que, a pesar de la opinión del mundo entero, ordenó el fusilamiento de Francisco Ferrer en octubre de 1909.

CAPÍTULO VII

LA CANALLA DORADA

El humo de un aromático cigarro formaba vagas espirales en torno del ovalado y sanguíneo rostro del gobernador; de vez en cuando alargaba la mano hacia una copa que había encima de su mesa y sorbía un poco de coñac. De pronto, como respondiendo a sus íntimos pensamientos, se dijo:

– No hay que apurarse; contra el parecer del ministro de la Gobernación, aun me quedan muchos recursos para defender mis posiciones. ¿Qué me impide emprender una ofensiva contra las organizaciones patronales? Después de todo, nada he recibido de ellas que no haya pagado con exceso. ¿No he perseguido a los anarquistas? Pues ahora, con mayor fundamento, puedo perseguir a los capitalistas de la Patronal. Verdad es que los patronos me han ayudado en muchas ocasiones. Pero, ¿podían negare a complacerme? Ellos han sido hasta ahora mis mentores… A ellos, más que a nadie, interesaba hacer creer a la opinión pública que el

terrorismo y el anarquismo eran una misma cosa. Pero todo ha cambiado. Es el propio ministro de la Gobernación el que ha descartado, de manera oficial, la responsabilidad de los anarquistas. Pero las bombas siguen estallando un día sí y otro también. ¿Qué hacer? ¿Dimitir? ¡De ninguna manera! ¡Dimitir, jamás! Yo no me juego mi porvenir político. Pero tampoco puedo permanecer con los brazos cruzados en espera de que llegue mi destitución y con ella mi ruina política y económica… ¿Entonces? ¿Qué hacer, señor gobernador? -se preguntó. Y una voz interior, la voz de su propia conciencia, le respondió-: ¡Matar si es necesario!...

Apuró el contenido de la gran copa de coñac, que se bebía sorbo a sorbo mientras analizaba su comprometida situación y ordenó a su secretario particular:

– Comunique al señor Trepot que necesito verle inmediatamente.

¿Quién era el señor Trepot?

El señor Trepot -don Paco, como le llamaban sus íntimos- era un tipo arrogante, corpulento, de mediana estatura, bronceado por el viento y el sol de todos los caminos tortuosos, fuerte como un roble y temerario como un guerrillero de la Independencia. Cuando llegó a Barcelona, procedente de un pueblecito de la provincia de Lérida, en donde había sido capataz de un grupo de peones camineros, reclutó unos cuantos sin trabajo para extraer y substraer arena en las playas más próximas a la gran capital. Pagaba a su gente tarde y mal, y la trataba a patadas y a latigazos. ¿Horas de trabajo? De sol a sol. Pero el hambre le ofrecía todos los días centenares de brazos para reemplazar a los desgraciados que caían sobre la arena extenuados por la falta de alimentación y trabajo excesivo. Hombres jóvenes, de los más tristes lugares de España, afluían diariamente a Barcelona en busca de un trozo de pan que no podían conquistar en sus pueblos, y parte de aquellos hombres constituían la multitud de esclavos que multiplicaban hora por hora, día por día, la personalidad y fortuna de don Paco, de aquel negrero que comenzó el pillaje en las playas con un puñado de hombres famélicos y llegó a contar por cientos los trabajadores a sus órdenes y por miles los metros cúbicos de arena que despachaba cada día.

Don Paco vendía arena a todos los contratistas de obras de Barcelona y de los arrabales de Barcelona, incluso a los contratistas que ejecutaban obras por cuenta del Ayuntamiento, de la Diputación y del Estado. Y cuando alguien se dio cuenta y denunció que la arena que pagaban a peso de oro las Corporaciones oficiales era patrimonio de la ciudad, y se pretendió ajustar cuentas al pirata, el pirata se reía… Y es que don Paco había conquistado una personalidad económica de primera clase, era punto fuerte en la Liga Regionalista y tenía asiento, por derecho propio, en casi todos los Consejos de Administración de las grandes empresas industriales y financieras de Cataluña. Y no hay que decir que su casa y su bolsa estaban siempre abiertas a la disposición de las autoridades civiles y militares. Y el resultado fue que al que pedía justicia lo metieron en la cárcel y al señor Trepot le concedieron, *oficialmente y con todos los honores*, el derecho, con exclusiva de extraer arena de todas las playas.

Don Paco acudió al llamamiento del gobernador, y, sin previo aviso, como tenía por costumbre, empujó la puerta del despacho particular de S. E. y entró resulto, como quien entra en su propia casa.

El poncio se puso pálido como un cirio de media peseta, y, sin atreverse a levantar la cabeza, continuó hojeando un montón de papeles que tenía sobre la mesa.

Don Paco comprendió que algo anormal ocurría, y, como que no era hombre capaz de rehuir combate en ningún terreno, y mucho menos en un terreno que él había conquistado a fuerza de dinero, sin más preámbulo rompió el silencio con estas sencillas palabras:

– ¿Es que puedo servir, *una vez más*, al señor gobernador?

El poncio contestó a media voz:

– Señor Trepot. Hemos de hablar muy seriamente.

– Pues hablemos -contestó don Paco.

El poncio continuó, elevando la voz:

– Ya sabe usted que, a pesar de mis buenos propósitos, el señor ministro de la Gobernación se ha opuesto a la represión que yo había iniciado tan enérgicamente.

– Nada se debe hacer a medias, señor gobernador -aclaró don Paco-. Ya le dije a usted más de una vez que los muertos no hablan, ni publican manifiestos, ni vociferan en las tribunas públicas, ni en la Prensa ni en el Congreso.

– Yo no podía recurrir a procedimientos de extremada violencia.

– Lo cual no le impedía a usted -replicó Trepot con entereza- exigirme grandes cantidades de dinero a cambio de complacerme en todos mis dedos…

– Dinero que yo he dedicado a obras de caridad.

– No lo dudo -arguyó don Paco-. Ya conozco sus aficiones… Pero como que yo no pretendo ganar el cielo haciendo obras de caridad, exijo el cumplimiento de lo pactado.

– Lo único que usted me puede exigir es la devolución del dinero -musitó el gobernador.

– No me haga usted reír, señor gobernador… ¿A cambio de qué me devolvería usted las cantidades que le he entregado en nombre de la Patronal? ¿A cambio de los documentos que obran en mi poder? ¡Nada de eso! -gritó Trepot-. ¡Yo no soy un estúpido! Si algún día me siento en el banquillo de los acusados, esos documentos me podrán ser de gran utilidad…

– ¡Procuraré destruirlos! -rugió el poncio.

– Propósito inútil -replicó Trepot-. Esos documentos se encuentran en buenas manos y muy lejos de su jurisdicción; aparte de que de todos ellos mandé sacar copias fotográficas, que están depositadas en lugares de la mayor seguridad.

– ¡Es usted un bandolero! -exclamó el gobernador.

– ¡Somos dos bandoleros! -aseguró don Paco fríamente.

– Por desgracia, me veo obligado a seguir su camino.

– Pretender lo contrario sería muy peligroso… No olvide usted que estamos unidos por el mismo grillete.

– Espero que licenciará a sus colaboradores y cesarán los atentados terroristas.

– Nadie está más interesado que yo en liquidar ese negocio, después del fracaso de usted.

– Si encuentra alguna dificultad -propuso ladinamente el gobernador-, facilíteme la lista de sus colaboradores.

– En mi *cuadrilla el matador soy yo* -respondió sarcástico Trepot.

El gobernador dio por terminada la entrevista, y suplicó:

– Espero que usted me pondrá al corriente de lo que ocurra…

– Nada más lejos -atajó crudamente don Paco-. Pida usted a Dios que no me vea obligado a tratar de estos asuntos ni una sola vez más con usted. Será lo mejor…

Y el gobernador, al quedarse solo en su despacho, cayó desplomado como una mula de arriero excesivamente cargada.

CAPÍTULO VIII

LOS MUERTOS NO HABLAN

Hacía más de un mes que los terroristas no actuaban en el escenario de Barcelona. La ciudad sonreía y se engalanaba para celebrar las fiestas de Carnaval. Los muertos al hoyo, al olvido… Así es la vida desde el amanecer del primer hombre.

Pero mientras las Ramblas eran engalanadas con banderas y gallardetes, con millares de lámparas eléctricas de múltiples colores y formas y farolillos de verbena, un nuevo crimen despertó gran interés en los medios periodísticos y policíacos.

En la Plaza Nueva, muy cerca de las puertas de la Catedral, apareció muerto, con el pecho cosido a puñaladas, un individuo de unos treinta años de edad.

¿Quién le mató?

¿En qué circunstancias fue asesinado?

¡Misterio!...

La Policía no logró descubrir ni el móvil del crimen ni al autor o autores del asesinato. Lo único que averiguó la Policía es que el muerto había sido capataz de un grupo de trabajadores del puerto.

– ¿Estamos en presencia de un atentado social? -se preguntaban la Prensa y la Policía.

Desde luego, el móvil del crimen no había sido el robo, por cuanto en los bolsillos de la americana del muerto se hallaron 10.000 pesetas.

¡Diez mil pesetas en los bolsillos de un obrero!

Caso extraordinario en todos los tiempos, y mucho más en aquellos en que diez mil pesetas era una cantidad más que respetable, casi una fortuna.

¿Cómo pudo reunir tan importante cantidad un jornalero que a lo sumo disfrutaría de un jornal de catorce o quince reales?

¡Misterio!...

El comisario de Investigación Criminal fue comunicando al jefe de Policía el resultado de sus investigaciones. En el *dossier* se iban acumulando antecedentes y más antecedentes de la víctima, perfilándose, poco a poco, algo de su vida y costumbres. Se trataba de un individuo llamado Manuel Garrigó, alias «El Moreno», natural de Gerona, soltero, sin antecedentes penales, hombre de pocas palabras y menos amistades. Hacía tiempo que vivía con una joven valenciana, muy graciosa y guapa, que había conocido en un cabaret de la Calle Nueva. Los vecinos de la casa donde habitaba el «Moreno» con su amiga declararon que poca cosa sabían de la feliz pareja, aparte de que vivían sin apuros económicos y feliz pareja y se les veía salir todas las noches, a eso de las nueve, y no regresaban hasta las cuatro o las cinco de la mañana.

Cada vez que don Antonio añadía un nuevo detalle al *dossier* volvía a leer, con detenimiento, todos los informes anteriores.

– No hay duda -se decía el viejo policía-: en todo esto hay gato encerrado.

Y el caso era que el móvil del crimen permanecía en el más profundo misterio y de los autores del mismo no se sabía nada.

¿Quién mató al «Moreno»?

¿Fue asesinado por sus compañeros de trabajo?

Estos eran los interrogantes que encabezaban las informaciones de tan singular suceso que aparecían en todos los periódicos.

El jefe de Policía comunicó sus impresiones a Perico, encargándole, después de darle a conocer cuántos antecedentes constaban en el *dossier*, que procurara averiguar si el «Moreno» había sido víctima de un atentado de los llamados sociales.

Perico comenzó sus investigaciones con la habilidad que le caracterizaba. Habló con algunos individuos del grupo de trabajadores que había mandado el «Moreno», los cuales, entre copa y copa, en una taberna del puerto, abrieron las compuertas de los resentimientos contenidos durante años y años.

– El «Moreno» -dijo con exaltación un muchacho de Almería- era un lobo para nosotros, algo así como un cabo de vara de presidio.

Otro de su grupo exclamó:

– ¡Valiente canalla! ¡Cuántas veces habíamos pensado en partirle la cabeza con una pala y arrojarle después a la mar para que ese lo tragaran las olas!

– Pero no valía la pena de comprometerse -añadió un viejo aragonés del mismo grupo-. A don Paco le sobran perros fieles para atenazar a los trabajadores. La prueba es que el «Moreno» pasó a mejor vida y ya *gozamos* de otro jefe de *colla* tan malo o pero que él.

Perico preguntó:

– ¿Cuánto ganaba el «Moreno»?

– Cinco pesetas diarias; una más que nosotros.

– ¿Y era asiduo al trabajo?

– Nada de eso. Como que gozaba de la confianza del amo -aclaró el baturro-, venía al trabajo cuando le daba la gana; pero no perdía ni un jornal… La verdad es que apenas le veíamos el pelo desde hace varios meses.

– Lo que no comprendo -deslizó Perico- es que el patrón le tolerara tan repetidas ausencias.

– Eso -dijo sonriendo uno de los obreros- pertenece al secreto del sumario, como dicen las novelas policíacas.

– Tal vez tenga usted razón, amigo -contestó Perico, añadiendo como quien no concede valor a una pregunta importantísima-: ¿Ustedes no pertenecen a ningún Sindicato?

– De eso ni hablar -afirmó el aragonés-. Nosotros, sobre ese particular, estamos dejados de la mano de Dios. Cuántas veces hemos intentado ingresar en el Sindicato de Construcción, otras tantas han sido echados a la calle, sin apelación, docenas de compañeros. Y es que todos nosotros somos unos desgraciados…

– Por lo visto, es mala persona don Paco -dijo Perico.

– ¿Mala persona?... Es peor… Con decirle a usted que es el presidente de la Patronal está dicho todo…

Se acercaba la hora de reanudar el trabajo, y Perico se despidió de los obreros estrechando sus manos callosas, duras, sarmentosas, como si hubieran sido talladas en roble.

Perico dio cuenta al jefe de Policía del resultado de sus investigaciones.

El policía, después de un momento de meditación, dictaminó:

– Los informes de usted son interesantísimos. Creo que hay que descartar la posibilidad de que el «Moreno» haya sido víctima de un atentado sindical.

– Eso mismo creo yo, don Antonio; pero no debemos descartar la posible intervención de ese don Paco. ¿No le parece?...

– Ya había pensado en ello, por lo que le estimaré que siga sus investigaciones por ese camino, sin perder de vista a ella…

– ¿Quién es ella, don Antonio?

– Ella puede ser la clave…

– No acierto.

– Piense usted en una belleza valenciana que, según mis referencias, vivía con el «Moreno».

Y Perico exclamó:

– ¡Excelente idea, don Antonio!

– Las mujeres, amigo mío, suelen ser muy útiles en estos casos; lo difícil es ganar la confianza de ellas. Usted es joven y dispone de billetes; por eso le brindo la idea…

Perico abandonó la Jefatura de Policía y se trasladó al hotel, donde le esperaban sus lugartenientes, quienes le informaron de los incidentes de la jornada.

Nada excepcional había ocurrido: algunas carteras habían cambiado de dueño; en la chirlata del Café Oriente habían cambiado fichas falsas por billetes auténticos del Banco de España, y en el Banco de Roma habían *colado*, sin dificultad un cheque de 290.000 pesetas.

Perico, después de absolver de tan livianos pecados a sus capitanes, les recomendó la mayor prudencia en el ejercicio de sus funciones, advirtiéndoles que no convenía, de momento, realizar negocios que pudieran producir escándalo en la Prensa. De ello depende -afirmó- la tranquilidad y el porvenir de «Los Amigos del Pueblo».

Perico denominó «Los Amigos del Pueblo» a sus hombres, entre los que había reunido a los más duchos carteristas, falsificadores, descuideros y demás caballeros de industria, porque, de vez en cuando, realizaban obras de reparación social, de administración de justicia, como la siguiente:

Un día se enteró Perico de que el Juzgado de la Barceloneta había procedido, momentos antes, al desahucio de una familia de pescadores.

Unos granujas, representantes de la Ley -siempre fue más cómodo representar a la Ley que trabajar en el campo, en las minas, en las fábricas o en la construcción o reconstrucción-, habían lanzado a la calle los muebles y harapos de aquellos desgraciados, formando con todo ello un montón informe. Daba la sensación de que todos aquellos trastos habían sido amontonados para prenderle fuego, como es costumbre en las bulliciosas noches de San Juan.

Sobre aquellos escombros, dos pobres viejos -envejecidos más que por la edad por los sufrimientos y privaciones- permanecían silenciosos, rodeados de cuatro criaturas famélicas que les miraban dulcemente, con sus ojos preñados de lágrimas, sin acertar a comprender el porqué de tanto dolor.

Cinco individuos de «Los Amigos del Pueblo» se presentaron en el lugar del suceso, y, sin encomendarse a Dios ni al Diablo, restituyeron personas y efectos al hogar de donde habían sido lanzados a la calle, entregando a aquella madre que tanto sufría 500 pesetas para que, de momento, pudiera atender las más apremiantes necesidades de su compañero y de sus hijos.

Restablecido el hogar y elevado el espíritu de aquellos infelices con palabras de amor y de esperanza, los cinco *amigos del Pueblo* -verdaderos apóstoles de las doctrinas de Cristo- visitaron al dueño de la finca, que era precisamente un viejo curita que vivía alegremente y confortablemente en compañía de una sobrina deliciosa, y después de amonestarle duramente y de enseñarle los colmillos -unos cuchillos cabriteros que al verlos helaban la sangre-, le pagaron los meses de alquiler motivo del desahucio y seis más por adelantado, recomendándole que en lo sucesivo no molestara a aquellos desgraciados, si no quería exponerse a morir con la sotana puesta.

Toda la noche la había pasado Perico hilvanando planes, haciendo proyectos, buscando la fórmula para lograr la confianza de *ella*… Recordaba el consejo del jefe de Policía: «No se olvide usted de ella…»

A la hora de costumbre se levantó de la cama, tomó su baño perfumado y, después de desayunar, se lanzó a la calle en busca de aventuras.

– ¿Cómo será ella? -se preguntaba Perico-. ¿Será una muchacha ingenua, graciosa y espiritual? ¿Será una mula con pretensiones de mujer fatal? ¡Pronto saldré de dudas!

Y apretando el paso se dirigió al domicilio de ella…

Rosita Serrano -pues ese era el nombre de la dama que tanto le preocupaba- vivía en la calle del Obispo, en el piso primero de un antiguo caserón que aún conservaba huellas de la grandeza de otros tiempos.

Perico preguntó a la portera -una ciudadana acartonada y agria-, viuda de un sargento de la Guardia civil.

– ¿Vive en esta casa Rosita Serrano?

– Sí, señor; en el primero.

– Me refiero a una señora viuda, que le mataron el esposo hace unos días.

– Sí, señor; la misma. Ahora bien; eso de *señora*, vamos a dejarlo; y eso de que le mataron a su *esposo*, vamos a dejarlo también.

– ¿Cómo? No comprendo el significado de sus palabras…

– Quiero decir que el muerto era el *amigo*, que no es igual que el *esposo*, en tierra de cristianos… ¿Comprende usted?

– Yo ignoraba esa particularidad.

– Pues ya lo sabe usted, señor mío.

– ¿Está en casa en estos momentos?

– A ese respecto, la verdad, no sé qué decirle a usted. Ella vive su vida… Trabaja en un «concierto». ¡En un concierto, sí señor! ¡En un concierto de esos que pierden a los hombres! Y como que la niña, por lo visto, termina *su trabajo* muy tarde, pues, la verdad, ignoro si está o no está en su casa en este momento.

– Me han asegurado -dijo Perico con ánimo de descubrir algo para él muy interesante- que Rosita es una muchacha seria, incapaz de producir escándalos.

– ¡Pues no faltaba más! -exclamó la portera-. ¡En la calle, allá ella! ¡Pero en esta casa, mientras yo la regente, no hay nada que hacer que se aparte de las buenas costumbres!...

– Creo que habla usted de Rosita en un tono demasiado severo.

– Hablaría igual de otra cualquiera…

– Dígame usted. ¿En qué «concierto» trabaja?

– ¿Le interesa a usted mucho conocer ese detalle?

– ¡Responda usted y ahórrese todo lo demás! -replicó Perico con aire autoritario.

– Pues verá usted, señor -contestó la *regente* un poco alarmada, figurándose que se encontraba delante de un comisario de Policía-; según mis noticias actúa en «Monte-Carlo», en un *concierto* que hay en la calle del Conde del Asalto.

– Está bien; puede usted retirarse.

– ¿Retirarme yo?... Yo estoy en mi casa, señor mío.

– Tiene usted razón; me retiraré yo.

Y en dos zancadas Perico ganó la calle, murmurando.

– A esa coronela se le ve el tricornio…

Y era verdad.

CAPÍTULO IX

UNA FLOR DELICADO EN PLENO «BARRIO CHINO»

«Monte-Carlo» era, en los primeros años de este siglo XX -siglo de la brutalidad y del exterminio-, una da las cuatro basílicas de la frivolidad barcelonesa. A las tres se les conocía por estos pintorescos nombres: «La Buena Sombra», el «Alcázar» y el «Eden Concert».

«Monte-Carlo», café-concierto establecido en las entrañas de un viejo caserón de la calle del Conde del Asalto, avenida central del «Barrio Chino», lo formaba una extensa sala alargada, con su platea magnífica y piso principal orlado de palcos. Al fondo, el escenario, con sus palcos-proscenios, su embocadura plateresca y una cortina de terciopelo rojo recogida en su centro, caprichosamente, por gruesos cordones de oro. En otras partes de la gran sala había dependencias diversas: reservados confortables, restaurantes y amplios salones de juego y de baile. En las paredes, carteles a todo color y retratos iluminados de las principales artistas de la compañía. Y en sus puestos de combate, multitud de camareros, floristas, tanguistas, tahúres, músicos, *cantaoras* y *bailaoras*.

En aquella pequeña ciudad dedicada a todos los vicios morbíficos, frecuentada por toda el hampa aristocrática y plebeya, empezaba la vida a las cinco de la tarde y terminaba a otras tantas de la madrugada.

No tardó Perico en aparecer en un palco-proscenio de «Monte-Carlo». Un camarero le sirvió una botella de vino espumoso, sumergida en una cubeta llena de trocitos de hielo. Al instante fue a ofrecerle sus «buenos servicios» la florista de turno.

La florista propuso:

– Si el caballero desea la agradable compañía de alguna señorita, en el acto será complacido.

– Precisamente, eso es lo que deseo. Por cierto que en la cartelera he visto un retrato de una muchacha deliciosa.

– ¿Recuerda usted el nombre? -preguntó la celestina.

Y Perico contestó con indiferencia:

– Una tal Rosita Serrano.

– ¿Quiere usted que se le envíe?

– Si es posible, encantado.

– Pues, así que termine su número, yo le diré que venga a hacerle compañía. Es una chiquilla angelical… De lo mejor que hay en la casa. ¿Desea usted algo más?

– Sí; que le haga llegar, sobre escena, cuando termine su actuación, una canastilla de flores.

– Inmediatamente prepararé la canastilla. ¿Desea usted alguna otra cosa?

– Pagar sus servicios. Tome usted quinientas pesetas. ¿Está bien?

– Mucho más que bien, caballero.

La florista hizo mutis, y Perico continuó en el proscenio, viendo el desfile de numerosas artistas, que el público recibía y despedía con evidentes pruebas de familiaridad.

Por fin apareció Rosita. ¡Rosita de Valencia! El *Senado* y el *Congreso*, las dos *Cámaras*, recibieron a la artista con nutridos aplausos y alusiones a su tierra y a su belleza. Ella, acostumbrada a tales manifestaciones de cariño, inició su paseo por el escenario al compás de un pasodoble, a veces ardiente como el sol de Levante y otras dulce y perfumado como la huerta valenciana.

Rosita estaba radiante de hermosura, envuelta graciosamente en un magnífico mantón de Manila, que ceñía su esbelto y flexible talle de veinte primaveras. Después del «paseo» canto varios *couplets* famosos, terminando con el «Ven y ven», canción picaresca que por entonces había hecho popular Raquel Meller. El *respetable* premió la labor de la artista con grandes ovaciones, y unos brazos se levantaron en la orquesta para ofrecerle una maravillosa canastilla de flores, que Rosita recibió emocionada.

No tardó Rosita en presentarse en el palco de Perico.

– Vengo -dijo Rosita- para darle las gracias por la hermosa *corbeille* de flores que ha tenido la gentileza de enviarme a escena.

– Yo soy -contestó Perico- el más obligado por haber aceptado usted mi modesto obsequio. ¿Tomará usted una copa de champaña en mi compañía?

– Con el mayor gusto.

– Pues tome usted asiento.

Perico llenó dos copas del precioso vino y ofreció una a la artista.

– ¡Bebamos por sus triunfos artísticos! -exclamó Perico.

– ¡Bebamos por lo que usted más quiera! -replicó Rosita.

Después, durante más de una hora, hablaron de todo un poco, pero sin profundizar en nada. El teatro, el cine y la vida alegre de Barcelona fueron los temas preferidos.

– ¿Cenaremos juntos esta noche? -propuso Perico.

– ¡Imposible! Esta noche estoy invitada. Y no dude usted que lo siento en el alma. Preferiría cenar en compañía de usted. Se lo aseguro.

– ¿De verdad?

– ¡De verdad, de verdad, de verdad! -contestó la hermosa valenciana con mucho donaire.

– ¿Y mañana, mi gentil amiga?

– Mañana será otro día, Don Juan…

– Pues… ¡hasta mañana, mi encantadora Rosita!

Y al otro día, y al otro, y al otro, y muchos días más, no sólo cenaron juntos, sino que juntos pasaban horas y horas, hasta las cuatro o las cinco de la mañana, en que se despedían, como dos buenos amigos, muy cerca de la casa de Rosita.

Una noche, al terminar de hacer el *resopón* en un reservado de «La Castellana» -aquel paraíso del excelente anfitrión que perfumaba la Rambla del Centro con el exquisito olor de los embutidos castellanos y del jamón serrano-, inquirió Rosita con naturalidad:

– ¿Se puede saber qué desea usted de mí?

Una pregunta de tal naturaleza, *disparada sin previo aviso*, desconcertó a Perico. Todos sus planes se derrumbaron. ¿Cómo salir del paso? Una respuesta estúpida podría comprometer seriamente el éxito de sus propósitos, cerrando todos los caminos que pudieran conducirle al esclarecimiento del asesinato del «Moreno».

Rosita se dio cuenta de la turbación de su amigo y acudió en su auxilio.

– Le he preguntado qué desea de mí, porque, la verdad, me he dado cuenta de que usted no es un hombre de esos que frecuentan los *cabarets* en busca de aventuras… Hace más de quince días que nos vemos cada noche, que cenamos juntos, que recibo obsequios de usted de verdadero valor, que hablamos de todo, hasta de geografía y de política, pero que jamás me ha hablado usted de amor… ¿Es que no le gusto? ¿Es que no se ha dado usted cuenta…?

Perico la interrumpió estrechando sus manos de nácar rosáceo.

– No siga usted, se lo suplico. Verdad es que yo no soy uno de esos tipos que andan en busca de aventuras fáciles por los *cabarets*. Mis aventuras son de otra naturaleza… Pero no es menos cierto que si me acercó a usted un propósito, hoy son dos los propósitos que me animan a conservar su amistad, que espero sea sincera y lo más íntima posible.

– ¿Qué propósitos le animaron a usted? -preguntó Rosita, sin poder disimular su inquietud.

– El primero, el que me hizo llegar a usted, que me ayude a descubrir a los culpables del asesinato del «Moreno», y el segundo, también muy importante, ganar su voluntad enteramente.

– ¿Es usted policía?

– ¡No! -afirmó Perico.

– Pues no comprendo por qué le interesa a usted ese asunto.

– Me interesa por muchas razones; y la razón principal es porque me interesa usted.

– Si es así, cuente usted con mi ayuda en absoluto.

– ¡Muchas gracias, Rosita! -balbuceó Perico, besándole las manos.

– No me agradezca usted nada -aclaró la artista-. Mi decisión es interesada. Yo también necesito que me ayuden, que me defiendan, que me liberen, que me aparten de la calle de la amargura… Hace días, ¡muchos días!, que un presentimiento corroe mi corazón, y tengo necesidad de confiar mis dudas y sospechas a una persona amiga. Tejiendo y destejiendo mis relaciones con el «Moreno», más de una vez me creo responsable de su muerte y tal idea me atormenta. Y tenga usted la seguridad de que, de no desgranarse mi vida en un ambiente de frivolidad, de aplausos y de homenajes, *muchas veces interesados*, mi íntimo dolor me consumiría. No olvide usted que soy muy joven, y que mi educación, desgraciadamente truncada al morir mis padres, es totalmente opuesta a la vida que hago…

Rosita no pudo continuar. Las lágrimas inundaron sus hermosos ojos.

Perico, un tanto emocionado, le aseguró:

– No se preocupe usted, cálmese, tenga confianza en mí. Yo le prometo días de tranquilidad y de infinita felicidad.

Y, sin proponérselo, de una manera espontánea, de propio movimiento, Rosita bañó con sus lágrimas el rostro del singular aventurero.

CAPÍTULO X

CAMINO DEL TRIUNFO

¡Media noche! En Barcelona, en aquella época, el bullicio era extraordinario a la salida de los teatros, de una a tres de la madrugada. El Paralelo, la calle del Conde del Santo, las Ramblas, particularmente las del Centro, de las Flores y de Santa Mónica, las calles de San Pablo, Hospital, Carmen y Pelayo, y las Rondas de San Pablo y de San Antonio, iluminadas con la esplendidez de las principales avenidas de París, con sus grandes peluquerías, joyerías, bisuterías, zapaterías, etcétera, etc., abiertas al público, se veían casi más concurridas a aquellas horas que durante el día. Y es que se inundaba de gente el centro de Barcelona con los cuarenta o cincuenta mil espectadores que llenaban todas las noches una multitud de cines y no pocos frontones, más los teatros Liceo, Novedades, Tivóli, Eldorado, Poliorama, Romea,

Principal Palace, Barcelonés, Apolo, Español, Nuevo, Soriano y Candal, en cuyos escenarios se representaban, aparte de «La verbena de la Paloma», «La Dolores», «La Revoltosa», «La tempestad», «La Gran Vía», «Marina», «La Marsellesa», «Gigantes y cabezudos», «El puñao de rosas», «El santo de la Isidra», «Agua, azucarillos y aguardiente» y otras famosas obras del llamado género chico, fastuosas operetas, revistas y óperas, y las más recias comedías de Galdós, Echegaray, Guimerá, Benavente, Joaquín Dicenta, Ignacio Iglesias, Linares Rivas, Rusiñol, sin olvidar a Fola y Gúrbide, que enardecía de pasión y de fuego a su público con «El Cristo moderno» y «El pan de piedra».

Centenares de personas, después de dar unas vueltas por las Ramblas, invadían chocolaterías y restaurantes -que no cerraban sus puertas en toda la noche- y las salas de baile y de juego de los innumerables cafés y *music-halls*, que permanecían abiertos hasta que el sol retiraba de la circulación a los serenos y vigilantes que, como luciérnagas, se movían lentamente por las calles de la gran urbe.

Perico, después de admirar a Enrique Borrás en «El alcalde de Zalamea», poco a poco, dejando volar su fantasía, abrigando temores de fracaso y esperanzas de triunfo, desde el Teatro Novedades, por las Ramblas, se dirigió a «Monte-Carlo», en donde se reunió con Rosita en un saloncito reservado.

– ¿Me esperaba usted?

– ¡Con ansiedad! -respondió Rosita-. Y le aseguro a usted que ya empezaba a creer que todo lo de anoche había sido un sueño.

– Hizo usted mal en dudar -reprochó Perico.

– ¡Soy mujer!...

– Y muy encantadora, dicho sea de paso.

– ¿Le gusto a usted?

– Un poquito más que ayer…

– Algo es algo -musitó Rosita dulcemente.

Perico la besó, apasionado, repetidas veces.

– ¿Contenta? -le preguntó.

Y Rosita le contestó, poniendo en sus palabras toda el alma:

– ¡Más que contenta, amigo mío! ¡Contentísima!

– Así me gusta más… ¿Qué vamos a tomar?

– Lo que usted quiera.

– Lo dejo a su elección, Rosita; pida usted lo que más le guste.

– Pues pediré muchas cosas, porque apenas he comido hoy pensando en nuestra entrevista de ayer.

– Usted manda.

– Siendo así, pida usted langostinos, pollo frito, fruta y pasteles.

– Se olvidó usted del vino.

– El vino me es indiferente.

– De todas formas, pediré una botella de champaña.

La cena fue servida al instante, y mientras cenaron hablaron de lo que más les importaba.

– Dígame, Rosita: ¿en qué circunstancias conoció usted al «Moreno»?

– Le conocí en el «Eden Concert», cuando yo empezaba a pisar los escenarios. Contaba yo entonces dieciocho años. Yo era muy poca cosa para esos hombres que se mueren por presumir de mujer… El «Moreno» venía a verme todos los sábados y domingos, y bailábamos horas y horas. Un día me dijo que quería casarse. Me lo dijo muy serio. Yo me eché a reír y le contesté que su proposición era una locura. -¿Por qué?- me preguntó. Y yo le aclaré: -Aparte de otras razones, porque me sería imposible renunciar a mi carrera artística-. Él no insistió. De sobra sabía que con el fruto de su trabajo le sería imposible resolver mi situación económica y la de unos parientes que por entonces yo tenía recogidos en mi casa. No obstante seguimos nuestras relaciones, que fueron estrechándose más y más cada día, hasta que llegaron a lo que usted ya conoce.

– Y usted se echó una carga más sobre sus preciosos hombros.

– No lo crea usted -replicó Rosita-: el «Moreno» cambió de fortuna y no necesitaba de mi ayuda. Siempre disponía de algunos miles de pesetas. Por cierto que un día, al pasar por la calle de Fernando, me dijo: -Vamos a entrar en esta tienda que muero comprarte un buen mantón con muchas flores bordadas-. Yo me opuse con firmeza, y le dije: -Antes he de saber la procedencia del dinero-. Y él me contestó: -No seas maliciosa. Tengo dinero porque mi amor me da una parte de los beneficios de la empresa-. Y es que hacía mucho tiempo que yo sentía una gran inquietud. Sospechaba de sus palabras y de sus actos. Veía que no acudía al trabajo con regularidad. Crea usted que hasta tenía miedo de él.

– Lo comprendo perfectamente.

– Un día, hace unos dos meses, me dijo una amiga mía: -¿Sabes a quién he visto en la sala de juego del Café Oriente, jugando fuerte como un caballero?- Yo contesté con aire distraído: -Has visto a mi amigo, ¿no es eso?- Y añadí: -Hace mucho tiempo que es punto fuerte en esa chirlata.

– ¿Y por qué no terminaba usted con él, teniendo tan poderosas razones para hacerlo?

– Ya lo intenté -afirmó Rosita-. Aquella misma noche hablé con él con la mayor seriedad. Le dije que no quería continuar mis relaciones. Que se apartara de mí. Que me producía pánico su presencia. Pero él, con lágrimas en los ojos, llorando como un niño, me contestó: -Te sobra razón para todo… Soy un desgraciado… Te suplico que tengas compasión de mí-. Le exigí una explicación terminante, y me dijo: -Por obedecer a mi amo me veo envuelto en el mayor de los crímenes-. ¿Qué es lo que has hecho? -le pregunté llena de angustia. Y él añadió: -Dentro de unos días te lo diré; ahora déjame tranquilo, te lo ruego.

– ¿A qué crimen se refería? -inquirió Perico, con la esperanza de llegar a algo definitivo.

– Jamás lo supe -aseguró Rosita-. El «Moreno», se llevó su secreto al otro mundo.

– ¿Y no le volvió a hablar más del asunto?

– ¡Nunca! Dos días antes de su muerte me propuso: -Mañana he de embarcar para América y quiero que me acompañes. Esta noche me entregarán los pasajes y toda la documentación necesaria-. Yo le contesté, horrorizada: -¡Imposible! ¡Yo no puedo compartir contigo las responsabilidades de tus malas acciones!- Y él me aseguró que de no embarcar le matarían.

– ¿Quién le había de matar?

– Eso mismo le pregunté yo, aterrorizada, y él me contestó: -Me matará Raúl-. ¡Raúl, tu amigo inseparable! grité yo. Y él me confesó: -Raúl nunca fue mi amigo; es mi cómplice, mi sombra; es el hombre de confianza del amo-. Yo le aconsejé que embarcara solo, asegurándole que me reuniría con él en cuanto recibiera su primera carta; pero no le convencí; al contrario, me replicó resuelto: -¡O me acompañas o me quedo en Barcelona, pase lo que pase!- Yo me sentí morir… Mis nervios se desataron. Lloré amargamente. El menor ruido me producía espanto. ¡Qué noche, Dios mío! Y al otro día, serían las diez de la mañana, entró él en mi habitación para anunciarme que el barco había zarpado, y que había convenido con Raúl que partiría para la Argentina, en vez de embarcar para Santo Domingo, como habían acordado anteriormente, en el primer barco que saliera para Buenos Aires. Yo me tranquilicé, y hasta abrigué esperanzas de que el peligro inmediato había pasado. ¡Figúrese usted, amigo mío, la impresión que recibí cuando, al siguiente día, al llegar a mi casa, de madrugada, me comunicaron los vecinos que mi amigo había sido asesinado, hacía una hora escasamente, en la Plaza Nueva!

– Me figuro la impresión que usted recibiría… Pero ya pasó… Ahora a vivir y a no pensar más en todo lo pasado. Yo pensaré por usted, y le prometo estar tranquila, ya que ni la más mínima responsabilidad le alcanza. Usted se reunió con él sin apetencias inconfesables; tal vez por caridad… Pero él no supo comprender… No llore más, créame; el «Moreno» no merece ni una sola lágrima de sus bellos ojos. En vez de llorar, lo que debe hacer usted es dar gracias a Dios por haberle liberado de tal monstruo. ¡Quién sabe si el haber muerto como murió le ahorró a usted la vergüenza de verle morir en el patíbulo! Y ahora le voy a pedir dos cosas muy importantes: primera, que abandone su casa, de momento, por su propia seguridad; segunda, que deje de actuar en los *cobardes*, porque para usted, y para mí, si usted no se opone, va a empezar una nueva vida…

Y aquella madrugada de primavera, Rosita, embriagada con la ilusión de un deseo naciente y con la música deliciosa de millares de pájaros que saludaban el amanecer de un nuevo día piando en las copas de los gigantescos árboles de la Rambla del Centro, dulcemente, pletórica de férvidos anhelos, continuó sus confesiones en los brazos de Perico, bajo el cielo raso y azul de una habitación confortable del Gran Hotel de las Cuatro Naciones.

CAPÍTULO XI

CAMINO DE LA VERDAD

El jefe de Policía escuchó a Perico, con la mayor atención, mientras éste desgranaba, palabra por palabra, las interesantes revelaciones de Rosita Serrano.

Cuando Perico hubo terminado su interesante relato, exclamó el viejo policía:

– ¡Le felicito a usted! ¡Es un excelente detective! ¡Ha conseguido usted un triunfo en todos los órdenes! Pero… ¿qué sabemos de ese Raúl?

– ¡Rosita le conoce! Ella le vio una vez, y me ha asegurado que le conocería si le volviera a ver.

Y repitió el policía:

– ¡Rosita le conoce!... Eso ya es algo, pero nada más que algo. Sólo la casualidad puede descubrirlo.

– ¿Y si usted mostrara a Rosita el fichero de la Jefatura? -propuso Perico.

– Perderíamos el tiempo, amigo mío. Ese Raúl, que no creo que se llame Raúl, no tiene antecedentes policíacos, como los tenía el ya famoso «Moreno», a quien atribuyo la fabricación de las bombas por dos razones: porque era un hábil mecánico, y porque desde que fue asesinado no se han producido más explosiones de bombas en Barcelona.

– Es posible que así sea, don Antonio.

– Es evidente, no lo dude usted. Como es evidente que Trepot es el verdadero responsable de todos los atentados terroristas realizados por ese Raúl y su banda.

– ¿Y por qué no meterle mano a Trepot?

– Porque contra Trepot, que representa a toda la burguesía de Cataluña, nada podemos hacer mientras no tengamos pruebas indiscutibles de su responsabilidad material. Cuando Raúl caiga en nuestras manos y nos explique el porqué y por cuánto de su intervención en las especulaciones terroristas, entonces habrá llegado el momento de apretar las clavijas y hasta los grilletes a este nuevo Portas sin tricornio. Mientras tanto…

El jefe de Policía encendió un caliqueño, que chupó repetidas veces hasta quedar bien encendido, y prosiguió:

– Ha de saber amigo Perico, que nos encontramos ante un caso sin precedente. La Historia registra innumerables casos de terrorismo, que en nada se parecen al que nosotros pretendemos desentrañar. Hace unos años ocurrieron en esta gran ciudad algunos atentados, cuyos protagonistas más notorios fueron Paulino Pallás y Santiago Salvador, ambos anarquistas. El 24 de diciembre de 1893, Paulino Pallás arrojó una bomba contra el general Martínez Campos, en plena formación militar. El general resulto levemente herido y muerto el caballo que montaba, que recibió en su vientre toda la metralla. Pallás, que creía haber liquidado al general, en vez de huir aprovechando la confusión de los primeros momentos, gritó repetidas veces «¡Viva la ANARQUÍA! ¡Viva la Anarquía!», dando lugar a que le echará mano la Policía, siendo sometido a juicio sumarísimo y fusilado a los pocos días. En este caso fue superada la ley de Talión, por cuanto Martínez Campos quedó con vida y Pallás pagó con la suya un propósito frustrado. Los anarquistas, como era natural, pusieron el grito en el cielo al saber del fusilamiento de Pallás, mientras que los militares, jefes y oficiales, que habían exigido un castigo ejemplar, celebraron la ejecución con un banquetee monstruo. Y como consecuencia del fusilamiento y de la estúpida manifestación jactanciosa de las altas jerarquías de la guarnición militar de Barcelona, mes y medio después, precisamente el 8 de noviembre, Santiago Salvador, amigo y compañero de Pallás, lanzó varias bombas desde el paraíso al patio de butacas del Teatro Liceo, durante una representación de gran gala, mezclándose la sangre y los brillantes de numerosas y distinguidas víctimas en las alfombras del regio coliseo.

La furia, la cólera y la violencia se manifestaron en todas las zonas aristocráticas y religiosas. Comenzó la caza del hombre por el hombre. Centenares de detenidos fueron amontonados en las prisiones y en las bodegas de diversos barcos de guerra anclados en el puerto. En el castillo de Montjuich se torturó a los anarquistas. A unos excesos se replicó con otros. Al paso de una procesión fue arrojada una bomba. Más muertos en las calles y más fusilados en Montjuich. Santiago Salvador fue detenido y ajusticiado nueve meses después del trágico suceso del Teatro Liceo. Y tan grande fue la repercusión de tales acontecimientos, que precisamente el 9 de agosto de 1897 el anarquista, napolitano Angiolillo mató a Cánovas del Castillo, presidente del Consejo de ministros, en el balneario de Santa Agueda, en Guipùzcoa. Aquel inminente político pagó con la vida el pecado de haber *dejado hacer*, en Barcelona, a unos cuantos irresponsables como el actual gobernador civil. Pero todo aquello, amigo Perico, era claro, todo fue una cadena de acontecimientos. Pero lo de ahora es tenebroso, de otra naturaleza, mucho más difícil, casi imposible de llegar a sus entrañas.

– Todo se aclarará, don Antonio. Estamos en el camino del triunfo… Yo tengo grandes esperanzas de llegar a la verdad…

– ¡Qué Dios le oiga, muchacho! ¡Mi apoyo no le ha de faltar!

– A propósito de apoyo, don Antonio. Me parece que sería conveniente que usted me otorgara un documento que me acreditara ante las fuerzas a sus órdenes. Puede presentarse la ocasión de necesitar de ese recurso…

– Nada más justo, ni más fácil de otorgar… Tome usted mi placa de jefe de Policía de Barcelona.

Perico quedó perplejo ante tan extraordinario gesto, y don Antonio le animó:

– Nada tema, muchacho, aquí quedo yo… Y ahora a trabajar con mucha cautela, porque el terreno es peligroso. Ya le he dicho, repetidas veces, que yo confío en su inteligencia y en su suerte…

Y Perico contestó:

– Tenga usted la seguridad de que haré cuanto me sea posible por seguir siendo digno de la confianza de usted.

CAPÍTULO XII

A LA CAZA DEL LOBO

– ¡Pues, señor! -se decía Perico-. ¿Dónde encontrar al lobo?...

Y Rosita le contestaba siempre:

– ¡No desesperes! Un día u otro, cuando menos lo esperemos, daremos con él.

Y así sucedió. Después de muchos días de husmear por todas partes, una noche, al salir del Teatro Romea, Rosita gritó:

– ¡Ahí está!

– ¿Quién?

– ¡Raúl! ¡Lo he visto entrar en ese café!

– ¿Estás segura?

– ¡Como lo estoy de ti, vida mía!

– ¡Indícame quién es! ¡Pronto! ¡Vamos!

– ¡Quieto, que está en la puerta! ¡Ese es!

– ¿Ese es Raúl?

– ¡El mismo! ¡Le reconocería entre mil!

Perico besó a Rosita y le recomendó:

– Toma un coche y que te lleve volando a la Jefatura de Policía. Espérame en el despacho de don Antonio. Y dile a nuestro viejo amigo que Raúl está en mi poder. ¡Pronto, no pierdas ni un minuto!

Raúl abandonó la puerta del pequeño café y se dirigió por la calle del Hospital con dirección a las Ramblas. Perico le seguía a pocos pasos de distancia. El bandido dejó la calle del Hospital y por la de Mendizábal desembocó en la de San Pablo, frente a «La Bombilla», tomando luego la de San Olegario para salir a la de Barbará, en cuya calle, al llegar frente a los talleres y Redacción de «La Publicidad» se aproximó Perico y, tocándole con el cañón de su pistola en un costado, le dijo a media voz:

– ¡Date preso, Raúl! ¡El jefe de Policía quiere hablar contigo!

– ¿Conmigo?

– ¡Contigo! ¡Y no levantes la voz, ni hagas un gesto, porque te meto un cargador!

– Pero yo tengo derecho a saber por qué se me detiene -balbuceó Raúl entre bravo y cobarde.

– ¡Ya te lo he dicho! -replicó Perico-. ¡Aparte -agregó- de que tú, por ahora, no tienes derecho a nada!... ¡Sigue adelante, créeme, y son volver la cabeza, porque te abraso!

Raúl reanudó la marcha hacia la Rambla del Centro, y al llegar a la puerta del Hotel Oriente se volvió rápido, empuñando un revólver; pero Perico, que no le perdía de vista ni un instante, disparó su pistola a tiempo, atravesándole de un balazo la mano armada.

El desdichado trató de huir, aprovechando el oleaje humano que se produjo en aquellos momentos. ¡Vano intento! Perico lo trincó por el cuello de la americana y, dándole dos golpes con la pistola en la cabeza, logró hacerle rodar por el suelo.

Llegaron dos guardias -los guardias llegan, casi siempre, cuando el peligro ha pasado-, y Perico les ordenó:

– ¡Pronto! ¡Traigan ustedes el primer coche que encuentren, el primero que pase, que hay que conducir a este individuo a la Jefatura de Policía!

– Querrá usted decir a la Casa de Socorro -indicó uno de los guardias.

– ¡He dicho a la Jefatura de Policía! ¿No lo ha entendido usted? ¡De prisa, que no podemos perder ni un minuto!

Los guardias pararon el primer coche que vieron -precisamente un lujoso lando del Círculo del Liceo-, en el que embutieron a Raúl y se embutieron ellos, mientras Perico saltó al pescante, gritando al cochero:

– ¡A la Jefatura de Policía! ¡Rápido!

El cochero animó a los caballos con el látigo. Los caballos trotaron. Y al poco rato Perico presentaba a Raúl, que la brisa del mar había despabilado al cruzar el Paseo de Colón, al jefe de Policía:

– ¡Mi querido don Antonio! -exclamó Perico con el mejor humor-. ¡Aquí tiene usted el *regalo* prometido! ¡Se lo recomiendo!... Y perdone usted que me haya visto obligado a *perjudicarle*, como dicen los mejicanos, pero no es gran cosa… un simple palmetazo por desobediente y travieso. Y ahora, cumplida la misión que usted me confió -agregó solemnemente-, le devuelvo su placa de jefe de Policía, que, dicho sea de paso, no he necesitado para nada, y tengo el honor de reiterarle mi más fervorosa consideración personal y gratitud.

– ¿Y si vuelvo a necesitarle a usted?

– ¡Quedo a sus órdenes, invariablemente!

Y sin añadir palabra, Perico fue al encuentro de Rosita que se encontraba en un despacho contiguo al del jefe de Policía, abandonando juntos el vetusto edificio, satisfechos del triunfo obtenido aquella noche, triunfo que había barrido de obstáculos inquietantes el camino de sus amores y hasta el de sus propias vidas.

Ya en la calle, gritó Perico:

– ¡El lobo cayó!

Y añadió Rosita, abrazándole:

– ¡Lo cazó un hombre de corazón!

CAPÍTULO XIII

LA DOBLE PERSONALIDAD DE RAÚL

El jefe de Policía ordenó a su secretario que cacheara minuciosamente al detenido.

El secretario cumplió la orden de su superior escrupulosamente, depositando sobre la mesa todo, absolutamente todo, cuanto llevaba Raúl en sus bolsillos.

Don Antonio llamó al comisario de guardia y le dijo:

– Bajo su responsabilidad personal, sin cambiar con él ni una sola palabra ni producirle la menor molestia, encierre a este caballero, hasta nueva orden, en un calabozo de seguridad.

Raúl rugió:

– ¡Eso es un atropello! ¡Ni siquiera se me ha interrogado!

Y el jefe de Policía le replicó, dulcemente:

– ¡No se alarme usted, señor! ¡Todo llegará!...

– Yo necesito, antes del interrogatorio, consultar con mi abogado -gritó Raúl.

– Nada más justo -manifestó flemático el policía-. Pero para que usted pueda consultar con su abogado es necesario avisarle… ¿Me quiere usted decir quién es su abogado?

– ¡Mi abogado es don Juan Soler! -contestó Raúl como quien lanza una bomba.

– ¡Gran abogado! ¡Tal vez el más ilustre de los abogados de Barcelona! Pero le advierto a usted que no es corriente requerir a los abogados más que cuando se trata de casos graves… De todas formas, le aseguro a usted que, cuando lo estime oportuno, procuraré complacerle. Por ahora no es necesario -recalcó don Antonio-, por cuanto ninguna acusación concreta pesa sobre usted. ¿No le parece?...

Raúl bajó la cabeza, y el comisario le indicó que le siguiera.

El jefe de Policía, frotándose las manos, sin poder disimular su contento, exclamó:

– ¡Veamos qué hay de aprovechable en todo esto!

Y empezó a revisar cuantos objetos había encontrado su secretario particular en los bolsillos de Raúl.

Lo único que llamó la atención al viejo policía -aparte de una respetable cantidad de billetes- fue una carta dirigida a la calle de las Tapias, número 3º, piso primero, y una viejo cédula personal expedida, al mismo nombre que la carta, por el Ayuntamiento de Manresa.

Don Antonio dispuso en el acto que se hiciera un registro en el domicilio antes mencionado, y que se practicara la detención de cuantas personas se encontraran en él, advirtiendo al inspector de Policía encargado del servicio que se limitara a cumplir las órdenes recibidas, sin levantar atestado, salvo si encontraba armas o algo sospechoso, en cuyo caso sería conveniente levantar el atestado en presencia del vigilante del barrio y dos vecinos de la propia casa.

Serían las tres de la madrugada cuando la Policía llegó al número 3º de la calle de Tapias. El inspector ordenó al vigilante de la calle que abriera la puerta y que les acompañara al piso primero. El vigilante cumplió la orden, sin darle ninguna importancia, por la sencilla razón de que la calle de las Tapias, una de las arterias más podridas del «Barrio Chino», era puerto de toda clase de maleantes.

Al llegar al piso primero, una puerta se abrió.

– ¿Eres tú, Juan?

El vigilante contestó:

– ¡No! Es la Policía

El inspector y sus agentes penetraron en el piso y vieron a una vieja detrás de la puerta.

– ¡No se asuste, señora, que no pasa nada! -dijo el inspector con naturalidad.

– ¡Eso quiero creer! -contestó la vieja arrastrado las palabras.

– ¿Qué gente hay en la casa? -preguntó el inspector.

– ¡Aquí no hay mujeres, caballero; esta es una casa decente! -afirmó la vieja.

En esto estaban cuando apareció un hombre alto y fuerte, como de unos setenta años, a medio vestir, quien, dirigiéndose al inspector, preguntó en tono agrio:

– ¿Qué buscan ustedes aquí?

– ¡Cállese usted! -replicó el inspector, indicando a uno de los agentes que le pusiera las esposas.

Inmediatamente el inspector y parte de los agentes penetraron en las habitaciones interiores y empezó el registro. En uno de los cuartos, escondido detrás de un mueble, entre cajones y maletas, los agentes encontraron a un joven de unos veinte años de edad. Sin mediar palabra, pues esa era la consigna, le ataron codo con codo, trasladándolo al recibimiento. Un agente se aproximó al inspector y le habló confidencialmente. El inspector siguió al agente y éste le mostró, en una cuartucho que se comunicaba con la cocina, cuatro pistolas, algunas cajas de municiones, varios tubos de metal, trozos de hierro, soldadores, limas, martillos y otras muchas herramientas, aparte de un rollo de mecha y una caja con unos cuarenta cartuchos de dinamita.

Reunido todo, cartas, documentos, armas y materiales diversos, sobre la meta del comedor, el inspector, dirigiéndose a los detenidos, preguntó:

– ¿Quién es el dueño de esta casa?

El viejo contestó:

– ¡Yo!

– ¡No es verdad! -afirmó la vieja-. ¡Esta casa es de mi hijo Juan!

– ¿Este? -preguntó el inspector señalando al joven detenido.

– ¡No! -aclaró la vieja-. ¡Este es mi hijo Andrés!

– ¿Y dónde está Juan?

– ¡En el infierno debía estar, por imbécil! -rugió el viejo.

Y la vieja le escupió:

– ¡Cállate, borracho!

El inspector levantó acta detallada de todo lo ocurrido y efectos encontrados; firmaron los presentes, entre ellos dos vecinos e inmediatamente una vez cerrada y sellada la puerta del piso, la Policía, con los detenidos y todo lo incautado en la casa, se trasladó a la Jefatura de Policía.

¿Quiénes eran aquellos pacíficos vecinos del número 3º de la calle de las Tapias?

Pues eran nada menos que el padre, la madre y el hermano de Raúl; de Raúl que no era Raúl, sino Juan Rull. Es decir: toda la banda de terroristas.

¡Juan Rull! ¡Famoso nombre en la historia tenebrosa de la Barcelona de 1900!

EPÍLOGO

Juan Rull fue condenado a muerte por el asesinato del «Moreno» -su cómplice- y por la fabricación de bombas.

Juan Rull llegó al patíbulo convencido de que todo aquel aparato era escenografía. ¡Se reía del patíbulo! ¡Pero murió! Se llevó al otro mundo su principal tesoro: los hombres de sus inductores. Y sus inductores -verdaderos responsables del terrorismo barcelonés- le engañaron; le engañaron como Scarpia engaña Tosca.

Los padres y el hermano de Juan Rull, los unos por viejos y el otro por demasiado joven, se libraron del patíbulo, pero fueron condenados, por sus complicidades monstruosas, a cadena perpetua.

Don Antonio se retiró de la Policía, convencido de que en aquella España -idéntica a la España actual- magistrados y asesinos eran de la misma familia.

El poncio -no importa el nombre, porque sólo el nombre de los *poncios* es lo que cambia- continúa al frente del Gobierno civil de Barcelona.

Perico, al conocer la dimisión de su amigo el jefe de Policía, cambió de terreno, y en Lisboa embarcó para Chile en compañía de su amada Rosita.

Y Trepot, el terrorista millonario, el Graupera de aquella época, fue ejecutado por los anarquistas -auténticos magistrados del Pueblo- en el puerto de Barcelona. Se le aplicó la acción directa, es decir: justicia ejemplar, infalible e inapelable…

FIN